

LÍNEAS DE FUGA

Mortificaciones y Procesos de Adaptación
a la Vida en Prisión

Trabajo Final de Graduación
Licenciatura en Sociología. Universidad Siglo 21

Autora: Carolina Del Caso
Directores: Susana Ferreras, Rodolfo Juncos

Julio de 2005

Quiero agradecer a mi familia por haberme apoyado en todo momento a lo largo de la carrera, y a mis amigos, cordobeses, porteños y cubanos, por su incondicionalidad. Agradezco también a María Elena por el material aportado y especialmente a María Angélica por los libros, el tiempo y los comentarios. También a Creept, por supuesto, por su paciencia inagotable.

Índice

Introducción	4
Capítulo I	
La Producción del Sistema Penal	11
Del cuerpo al tiempo	16
Mientras tanto, en Argentina...	25
Capítulo II	
La Cárcel como Espacio	31
Muerte Civil	36
Sistema de Privilegios	39
Capítulo III	
Vivir en la Tumba	42
Nunca la otra mejilla	49
Sumar quintines"	54
Un mundo afuera	56
Restos de "panoptismo"	59
Líneas de Fuga	63
No somos ángeles	66
Conclusiones	
Las Consecuencias de habitar el Encierro	69
Bibliografía	75

Introducción



Argentina 2004, época de sospechas y uniformes. Al menos en las capitales, al caminar por las calles, el ritmo de nuestra respiración va marcado por quien cruza nuestra marcha; así es que andar por ahí es toda una estrategia.

Desde los cuentos infantiles hasta el imaginario social actual, los malos son pobres, feos y andrajosos, si a esto le sumamos la cantidad de delitos cometidos por la policía, el abuso en los colegios, secuestros y tortura, violaciones, los medios; en mayor o menor grado, todos somos un otro sospechoso.

Existe un miedo generalizado, exacerbado por los medios de comunicación, que paraliza a nivel individual y moviliza a cierto nivel colectivo. Un temor que tiene origen no sólo en la cantidad de delitos que se cometen, sino en el tipo de crímenes y la violencia que conllevan.

Esta crisis de seguridad es un indicador más de la fragmentación social que nos lleva a un estadio primitivo: frente al ataque desmesurado de los lobos la sociedad con voz se erige y reclama un Leviatán, una nueva versión a la que pueden sobrarle hombres que, bien ubicados, no dejarán de constituirlos.

La cara legítima de esa fragmentación, fundada en cierta visión de soluciones y movida por el dolor y la impotencia, converge en marchas multitudinarias, velas, llantos colectivos y petitorios escondidos tras millones de firmas.

Estas manifestaciones con líderes de clase media activaron al Estado en su lucha por recuperar el monopolio de la coacción física: reincorporar la seguridad a las decisiones políticas como responsabilidad del Estado que va más allá de delegar en la fuerza policial la regulación del delito.

Comienza a trazarse así, a mano alzada, el camino que se presenta como urgente, necesario y eficaz: más fuerza policial en las calles, agilizar el proceso del juicio, bajar la edad de imputabilidad de los menores y penas más largas; más años de cárcel con trabajo y educación para la vida en el encierro.

Esto enmarca la política de seguridad en la conocida ideología de mano dura. En su diseño subyace *“la vieja formulación de la teoría de derecho penal, denominada prevención general negativa, que persigue como objetivo disuadir a quienes no delinquieron y puedan sentirse tentados a hacerlo.”*¹ Se sugiere que el miedo a la pena provocará la disminución del delito aunque, es probable que este endurecimiento de los castigos se incorpore en los códigos del mundo delictivo como un valor, como un desafío que hace más interesante el hecho.

¹ David Baigún *“La mano dura no sirve para disminuir el delito”* Clarín. Ed electrónica. Jueves 11 de Noviembre de 2004

Las soluciones de mano dura se asientan y a la vez fortalecen la percepción de la delincuencia como decisión individual ajena a los condicionamientos estructurales. La figura del delincuente en el resto del cuerpo social tiende a construirse entonces, como la de un enfermo que actúa por mera perversidad, posicionando al encierro como un elemento sano y necesario ya que fundamentalmente protege a la sociedad mediante el aislamiento de algunos de sus miembros.

Desde la teoría social los actos delictivos y de disenso se analizan como la capacidad de los hombres para hacer frente a estructuras de dominación, poder y autoridad, *“la cuestión básica de la relación entre el hombre y las estructuras”*² Pero, aun teniendo en cuenta esto, no es deseable abandonar los elementos biológicos y psicológicos como factores explicativos ya que eso sólo nos llevaría a un reduccionismo.

Con relación a nuestro país encontramos en el análisis de Torrado³ una herramienta para entender cómo se relaciona el crecimiento de la tasa de delitos cometidos y el crecimiento de la violencia urbana con las consecuencias de la aplicación de los ajustes de corte neoliberal.

La tasa de delincuencia a nivel nacional se duplicó en doce años. Fue de 1.722 delitos cometidos cada 100.000 habitantes en 1990, a 3.576 en 2002. La autora cita entre las causas, la marginalidad y la falta de políticas sociales efectivas, y destaca el carácter represivo del Estado frente a la agitación social, como algo que reforzó y completó la exclusión social: *“ las políticas de represión actuaron como complemento del proceso de exclusión por dos vías: a través de la represión física directa y a través de su rol en el proceso de construcción de la figura del delincuente como un individuo que delinque por perversidad”*⁴ Se pone el foco en la figura del delincuente dejando borrosos factores políticos, económicos y sociales como causas del fenómeno.

A modo de ejemplo y siguiendo lo expuesto por nuestra autora, presentaremos brevemente la evolución de la pobreza y el acceso a los servicios de salud como indicadores del impacto neoliberal.

Si bien la marginalidad estalló en 2001-2002 con un registro de 54,3 por ciento de personas bajo la línea de pobreza, por la salida de la convertibilidad, esta situación fue desarrollándose desde los comienzos del régimen aperturista en la década del 70. Ya en

² Taylor, Walton y Young: La nueva criminología: Contribución a una teoría social de la conducta desviada

Ed Amorrortu. Buenos Aires 2001

³ Torrado, S: *La herencia del ajuste .Cambios en la sociedad y la familia*. Capital Intelectual Buenos aires 2004

⁴ Ídem. Pág. 79

1980 se registró un 8,7 por ciento que fue creciendo hasta que en el 2000 tuvo un pico de 28,9 por ciento de población bajo la línea de pobreza y 7,7 por ciento bajo la línea de indigencia. Este punto en la evolución de la pobreza en el país fue paradigmático, ya que se reconoce como el primer pico no asociado a una coyuntura inflacionaria, lo que definió a la pobreza como estructural; inherente al modelo.

En cuanto a la salud, la retracción pública en el área implicó que la población sin cobertura médica vaya del 36,4 por ciento en 1991 a casi el 50 por ciento en 2001. El acceso al servicio médico pasó a depender de la capacidad de demanda de los distintos sectores: *“la tendencia general durante el ajuste buscó abandonar los componentes universalistas del sistema de salud pública y profundizar la fragmentación conforme al poder de demanda de la población”*⁵

Estos son sólo dos indicadores que muestran un camino de decadencia en las condiciones de bienestar social que fue acompañado por un crecimiento en la violencia urbana. El empobrecimiento en la calidad de vida de la población impactó más duramente en la clase marginal que es, cabe aclarar, la mejor representada en la población carcelaria.

No queremos afirmar con esto que la marginalidad necesariamente acarrea violencia ni mucho menos que la justifica, simplemente pretendemos argumentar cómo el modelo político económico llega a imponer condicionamientos y límites al desarrollo de la vida y, en muchos casos, al logro de la supervivencia que pueden desembocar en hechos agresivos y a veces de una violencia impensable.

Ahora bien, si seguimos la evolución de los índices de delincuencia y nos centramos en el accionar político frente a esta problemática, veremos que desde hace algunos años se sancionan leyes penales orientadas a intensificar las penas y a restringir derechos antes reconocidos en el código penal. Estas modificaciones, como mencionamos anteriormente, enmarcan a la política de seguridad en lo que se conoce como prevención general negativa, una posición que muchos avalan por su necesidad y eficacia, pero que está comprobada en la historia del derecho como un fracaso para el logro que se propone que es la disminución del delito.

Las nuevas leyes en lo penal, que involucran el aumento en las penas para delitos culposos, la sumatoria de las mismas en caso de reiteración o delitos múltiples, nuevos agravantes, entre otras, parecen surgir como una respuesta política desesperada ante el acontecer de crímenes violentos, siendo el más destacado el secuestro extorsivo que

⁵ Idem Pág. 60

logró vulnerar las medidas tradicionales de seguridad y muchos casos llegaron a la mutilación o muerte de la víctima. Este incremento en las penas pone a la cárcel, foco de nuestra investigación, como el elemento tangible y último del proceso; el encierro es el castigo cuantificable, la calma para la víctima y la fuente del temor disuasivo.

Ya el plan de seguridad propuesto este año prevé la construcción de ocho nuevas cárceles en el país para incrementar la capacidad de detención en un cincuenta por ciento. Así, se espera una reducción del delito por el control sobre la comunidad delictiva con la coartada resocializadora siempre mejorada.

Pero, si frente a esta propuesta de la cárcel solución consideramos hechos conocidos como la reincidencia en el delito y las dificultades para concretar la reeducación e inserción del recluso, se nos presentará clara la necesidad de estudiar la prisión no como algo que mitiga, sino que retroalimenta las causas de su existencia. En el presente trabajo nos centramos en las etapas y situaciones que enfrenta una persona durante su vida en el establecimiento penitenciario; no será fundamental aquí la causa de su ingreso, sino los procesos y mecanismos a los que recurre para resolver la vida en el encierro y las herramientas que toma del mismo para su futura vida libre.

La temática refiere a la cárcel como espacio de exclusión, lo que ubica a la investigación dentro de la sociología jurídica, entendida ésta como la parte de la sociología que tiene como objeto los comportamientos o las relaciones entre comportamientos que son producto de la aplicación de una norma o ley, o bien tienen como resultado una norma (por ejemplo la costumbre como fuente de derecho).⁶

En este caso particular los comportamientos a analizar son considerados como efecto de la aplicación de normas jurídicas ya que el problema a tratar está centrado en las experiencias y actitudes de un interno en una cárcel argentina, y en las expectativas y las posibilidades para su vida en libertad.

Tomamos como primera hipótesis el fracaso en la relación esperada, resocialización-inserción, que, si bien puede considerarse como algo históricamente probado, es importante tener en cuenta (al menos como una forma de descartarla continuamente) al momento de conocer la cárcel como un objeto de estudio que estará sujeto a distintas hipótesis explicativas.

También referimos a otros dos tipos de relación posibles expresados en las siguientes conjeturas:

-La no reincidencia en el delito se basa en el temor a regresar a la prisión.

⁶ Baratta A; Criminología crítica y crítica del derecho penal. Ed Siglo XXI México 2000

-El impacto de la vida libre provoca la necesidad de regresar a la prisión.

En la primera de ellas, hacemos referencia al temor concreto de sufrir nuevamente las privaciones, mortificaciones y limitaciones al comportamiento que impone la ejecución de la pena como un elemento disuasivo sobre la delincuencia secundaria.

En la segunda conjetura consideramos la posibilidad de que la vida libre impacte de manera negativa como consecuencia de los procesos de *desculturación* propios del cumplimiento de la condena.

Nuestro objetivo general es reconocer y conocer las relaciones intra cárcel como un objeto de investigación; de éste que se desprenden dos objetivos específicos:

- Conocer los procesos de adaptación a la vida en el encierro.
- Indagar sobre las expectativas para la vida en libertad.

Para alcanzarlos recurrimos a la metodología propia del paradigma interpretativo que se funda *“en la necesidad de comprensión del sentido de la acción social (...)desde la perspectiva de los participantes”*⁷ Buscamos conocer la realidad, o parte de ella, de personas que vivieron la pena privativa de libertad; indagar sobre los procesos de adaptación a la vida en el encierro y sobre cómo y qué puede construir un preso para su futura vida libre inmerso en las limitaciones y condicionamientos que impone el cumplimiento de la pena.

Como técnica para la entrada al campo y la obtención de datos primarios utilizamos la entrevista semi-estructurada. Fueron entrevistados 5 informantes varones, de entre 19 y 33 años de edad, , todos ellos en situación de libertad condicional. La categoría de ex recluso fue fundamental para la elección de los entrevistados por dos motivos: por un lado, porque define a los individuos de mayor vinculación con el problema planteado ya que, si bien profundizamos en las relaciones intra cárcel, nos interesan también las expectativas para el futuro y el impacto de la vida libre. Por otro lado, consideramos que la condición de libertad influye positivamente en la obtención de un relato desinteresado por parte del informante, es decir que evita que la experiencia del encierro sesgue los datos hacia el reclamo y convierta la entrevista en un medio de expresión y/o canalización de una demanda.

Todas las entrevistas fueron realizadas durante el mes de diciembre de 2004 y la cantidad fue determinada por la saturación de la información.

⁷ Vasilachis , I; Métodos cualitativos I . Ed CEDAL. Buenos Aires 1993

El cuestionario se armó en base a preguntas simples orientadas a que el sujeto informante describa lugares y experiencias cotidianas como también sus sentimientos y posición dentro del penal y la relación con otros internos y con el personal. Todas las entrevistas estuvieron atravesadas por la percepción macro que el informante tenía sobre el sistema penal en general, y en todos los casos se llegó al relato de anécdotas que enriquecieron los datos obtenidos.

Como herramienta teórica para el abordaje de la información y de la cárcel en tanto institución total remitimos principalmente a la obra de Erving Goffman, *Internados*; un trabajo en el que el autor realiza un “*análisis sociológico de la estructura del yo*”.

Por otro lado, por la necesidad de comprender histórica y políticamente el fenómeno de la reclusión estatal y de la cárcel como herramienta fundamental de sanción, presentamos de manera breve la historia del encierro enfocándonos en las distintas funciones políticas y sociales que adoptó la cárcel desde el siglo XVIII. Para ello remitimos principalmente a dos obras: *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*, de Michel Foucault; y *Cárceles argentinas de Antaño*, de Abelardo Levaggi.

Para ello, en el primer capítulo referimos a la producción del sistema penal actual, destacando los cambios que dieron origen al sistema penitenciario y a la implantación del mismo en nuestro país.

En el segundo capítulo definimos la cárcel como un espacio de exclusión. A través de la presentación de la obra de Goffman especificamos nuestra concepción de las instituciones totales, siendo la prisión un tipo particular de ellas; y exploramos las categorías que nos permitieron interpretar una parte importante de las situaciones y las relaciones al interior de los establecimientos penitenciarios.

Finalmente en el tercer capítulo exponemos el análisis de la información, con nuevas categorías para la interpretación de la vida en los penales de Argentina que surgieron de los datos obtenidos de quienes fueron sus protagonistas.

Capítulo I



La Producción del Sistema Penal

Si recorremos la historia penal vemos que el encierro adquirió distintas funciones antes de conocer su forma penitenciaria. Aunque necesario, no fue el protagonista de la ejecución sino hasta mediados del siglo XIX. En los siglos XVI y XVII, no se vislumbraba que la parte más oscura e intrascendente del proceso fuera a convertirse en la herramienta esencial de los códigos.

Dos de esas funciones son las queremos destacar aquí: la cárcel custodia y la cárcel pena.

Es posible distinguir a su vez con relación a la primera dos momentos importantes marcados por diferentes formas de castigo que fueron, la tortura física y los trabajos forzados y trabajos públicos en favor del Estado.

En la antigüedad la cárcel funcionaba como anexo de palacios, fortalezas o templos y actuaba como medida asegurativa de los reos, era un medio al servicio del proceso de juicio, ya que una vez dictada la sentencia seguía la libertad o la pena. Ese encierro, pretendidamente seguro y saludable para el acusado (generalmente inocente que por mala fortuna quedaba ligado al crimen), albergaba torturas increíbles destinadas a obtener la confesión en tanto prueba por excelencia. Una vez obtenida ésta, el destino del condenado podían ser los azotes, la marca, el destierro o la muerte alcanzada con variados métodos.

A esta etapa le siguió otra en la que la privación de libertad comenzaba a tomarse como castigo para casos excepcionales pero básicamente continuaba como un medio asegurativo, ahora al servicio de la pena, ya que ésta había mutado de lo instantáneo de la tortura a una concepción más productiva desde un punto de vista económico: la expiación por trabajos forzados. El Estado comenzaba a ver los cuerpos condenados en términos de utilidad, es así que la expiación de la culpa abrazaría ahora distintos tipos de trabajos indeseables (galeras, trabajos en los diques) como forma retributiva. Eran actividades absolutamente necesarias para el desarrollo y a pesar de que estaban ofertadas al “trabajador libre” no motivaban demanda alguna. La muerte lenta que implicaban las condiciones en que se realizaban normalizaba *“el ejercicio de una coacción particularmente implacable”*.⁸

El desarrollo de la técnica se encargó de que esas labores resultaran improductivas y los castigos se redujeran a trabajos públicos menos severos. Este viraje de la pena estuvo ciertamente marcado por cambios socioeconómicos, pero también por la luz de una corriente humanitaria reformadora que iba a sentar las bases del penitenciarismo.

⁸ Castel, R: *La metamorfosis de la cuestión social*. Ed Piados Buenos Aires 1997. Págs.155-58.

Así Beccaria, principal personaje de la reforma, pasaba al archivo de la criminología y la sociología jurídica como el padre de la escuela clásica.

En principio, las ideas reformistas nacen del repudio a la tortura y la necesidad de limitar los derechos y el poder del rey. Más adelante (cuando la prisión comenzaba a ser pena legal) se sumarían también las críticas a las condiciones de detención. El hacinamiento, por ejemplo, generó la preocupación por crear espacios específicos para la causa; la promiscuidad y el abuso, llevaron a Howard a proponer la separación entre los sexos, y la categorización por edades. Este logró también que el parlamento inglés eliminara el pago de la renta que se cobraba a los presos, y que encargara al Estado el pago del alimento y del salario de los guardianes.

Bentham aparece en escena en 1791 proponiendo como pilares del penitenciarismo la estructura y la gobernabilidad interna; *“una arquitectura de los establecimientos carcelarios que le permitan el control, la transparencia y la seguridad que requería la pena privativa de libertad”*.⁹ Denota entre otros principios, como el refuerzo de la moral y separación por sexo, la importancia de organizar el trabajo y la educación como medios que faciliten el regreso a la vida libre. Diseña desde la arquitectura un modelo de control centrado en una economía del poder de visibilidad que luego se extenderá a varias instituciones.

El sistema penitenciario se concretó por un cruce entre diversas variables: por un lado, la relación pecado-penitencia imperante en el derecho canónico que llegará al derecho secular como delito-remordimiento (propiciado por el aislamiento), la constitución de un sujeto jurídico o sujeto de derecho, el valor de la libertad individual que llevó a que la privación de la misma se convierta en una pena válida, y la ecuación de ver en un *cuerpo sometido un cuerpo útil*, productivo, principio que legitimará el poder de castigar del Estado bajo la idea de reeducación y resocialización de los presos.

Todo esto se dio en el marco de una revisión de los principios de la criminología clásica. Si bien, los contenidos clásicos puros influyeron notablemente en los distintos códigos, las dificultades que surgieron en la práctica obligaron a considerar otros elementos en el sistema judicial.

A pesar de que no es nuestro propósito explayarnos sobre cuestiones teóricas de criminología y ciencia política es necesario, para comprender la reforma en sí misma,

⁹ Bujan, J; Ferrando V: La cárcel argentina. Una perspectiva crítica. Ed Ad Hoc, Buenos Aires 1998.

tener en cuenta los postulados clásicos y los cambios introducidos por las revisiones neoclasicistas.

Para comprender el pensamiento clásico hay que tener en cuenta que el mismo está centrado principalmente en la teoría hobbesiana del contrato social. Cediendo una porción de libertad los hombres se reúnen conformando una sociedad civil en la que la función de la ley (y las penas) es asegurar la permanencia de esa sociedad: el gran supuesto del consenso entre hombres libres y racionales. Asimismo esa racionalidad será el único elemento que iguale a las personas ante la ley, ya que no eran cuestionables factores estructurales como la distribución de bienes.

En esta sociedad de iguales la pena, aunque se caracterice por su función disuasiva, *“siempre debe ser proporcional al grado en que un delito viola la santidad de la propiedad, el bienestar individual y el bienestar del Estado”*.¹⁰ La sanción correspondía porque el delincuente en tanto ser racional era (debía serlo) responsable de sus acciones, *debía crearse una escala exacta de penas para actos iguales*.

En el pensamiento clásico puro prima el acto delictivo por sobre el sujeto delincuente. Es así que esa racionalidad que lo igualaba hacía inadmisibles las excusas o argumentos paliativos en el juicio.

Aun así, el delito se explicaba como un acto irracional producto de las pasiones que también eran parte de la naturaleza humana. La contradicción es clara: el delincuente, ser racional y por lo tanto responsable, era merecedor de castigo por actos que cometió en un asomo pasional o de irracionalidad.

La contradicción se hizo manifiesta al llevar a la práctica esta idea de las *“medidas penales universales”*.¹¹ En la realidad del juicio fue imposible ignorar las particularidades de cada individuo y los condicionamientos de su accionar, es decir *“las circunstancias atenuantes”*, que incluían factores más que nada físicos u orgánicos como la edad y la demencia, pero no consideraban para la motivación delictiva razones psicológicas o estructurales. Es así que, si bien a partir de esto los neoclasicistas dieron lugar al *“experto no jurídico”* en el sistema, los atenuantes no podían en ningún caso llevar a la impunidad, sino limitarse a influenciar sobre el tipo y la duración de las penas, las cuales por esta misma razón de considerar la individualidad (el sujeto más que el acto), fueron modificándose en el sentido de su función rehabilitadora.

En fin, los neoclásicos se mantuvieron aferrados a los principios fundamentales de la corriente que influenció gran parte de las reglamentaciones occidentales, simplemente

¹⁰ Taylor; Walton; Young. La nueva criminología. Ed Amorrortu .Buenos Aires 2001

¹¹ Ídem Pág. 25

“tomaron a ese hombre racional y solitario de la criminología clásica y le dieron un pasado y un futuro”.¹²

A este punto, y siendo que nuestro propósito para este apartado es presentar algunos detalles de la historia que anticipamos a fin de comprender de alguna manera las bases del actual sistema punitivo, nos resulta imposible dejar de considerar como una herramienta teórica los escritos de Michel Foucault .

Foucault va a explicar los cambios en la penalidad y la emergencia del penitenciarismo a través de su método arqueológico. El estudio de esta temática está encerrado en la etapa genealógica de la filosofía foucaultiana en la que desarrolla entre otras obras Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión.

“Una historia correlativa del alma moderna y un nuevo poder de juzgar”¹³ : éste es el objetivo que define a la mentada obra. Lo característico de este libro es que a través del mismo el autor introduce una nueva concepción del poder. Abandona por estéril la visión represiva que tenía del concepto y desarrolla este análisis del castigo y lo carcelario considerando al poder en su carácter relacional y como algo esencialmente productivo. Así se propone entender los acontecimientos que hicieron posible nuestro individualismo en tanto esencia del sujeto actual; una genealogía del alma moderna.

“Genealogía quiere decir realizar el análisis partiendo de una cuestión presente” .¹⁴ Foucault niega el origen dado de las cosas, un *origen metafísico*, la idea de evolución o progreso sobre un camino determinado de antemano; en el origen hay producción humana.

¿Qué es lo que caracteriza a este poder productivo?. En realidad, la definición del concepto no escapa a la clásica weberiana: *“Poder significa la probabilidad de imponer la propia voluntad dentro de una relación social(...)”¹⁵*; lo importante es que Foucault va a centrarse en carácter relacional del mismo. La problemática no es tanto qué es el poder sino cómo se ejerce. El poder no es una propiedad de clase, es estrategia, de manera que no existe una situación de lucha por la dominación, son relaciones de fuerzas que entran en el ámbito de la gobernabilidad, van más allá de la violencia que apunta a modificar un objeto.

¹² Ídem Pág. 27.

¹³ Foucault, M: Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión. Ed. Siglo XXI. México DF. 2000

¹⁴ Díaz, Esther: La Filosofía de Michel Foucault. 2º Edición. Ed Biblos. Buenos Aires 2003.

¹⁵ Weber, Max: Economía y Sociedad. Ed Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires 1999

El ejercicio del poder es un juego de acción y reacción donde una fuerza tiene como destinataria otra con capacidad de resistencia. Se trata de la posibilidad de estructurar el campo de acción de otros.

La inestabilidad propia de este juego de fuerzas se ve reflejada en el concepto de *diagrama*. El diagrama no es una estructura, es un *sistema en continuo desequilibrio* que se “compone” de *dispositivos* concretos, cada uno con su materia y función; la cárcel por ejemplo es un dispositivo de control que tiene como sustancia al preso. Lo importante de los diagramas, de estos sistema de relaciones de fuerzas, es que de ellos emergen (como productos del ejercicio del poder) sujetos, discursos y verdad.

Ahora bien, la historia de la penalidad, es también la historia del tratamiento de los cuerpos. De esta manera, vemos que el castigo pasó de mortificar directamente el cuerpo, a veces como la única propiedad del culpable, a hacerlo de una manera indirecta forzándolo a trabajar a favor del Estado para alcanzar el *alma* y luego mediante el sometimiento a un empleo del tiempo, lo que implica una sucesión de mortificaciones más sutiles derivadas de los tecnicismos, la disciplina y la vigilancia que supone la recuperación.

Del cuerpo al tiempo

Los tipos de castigo que se dieron en la historia están relacionados principalmente con dos factores: por un lado la forma en que se ejerce el poder político, y por otro la definición de sujeto que surge de esas relaciones.

Las monarquías del Antiguo Régimen se caracterizaron por un exceso de leyes penales. En esta época, donde primaban los castigos corporales, había un ejercicio despótico del poder que se descargaba sobre un cuerpo capaz de dolor. El rey tomaba cada infracción como algo público pero también personal, y se ensañaba en una venganza que descargaba sobre el cuerpo del infractor. La percepción que se tenía del sujeto enemigo no era otra que la de un ser que tenía la capacidad de sufrir mediante la tortura física.

Todo el sangriento espectáculo que se montaba tenía uno de sus fundamentos en la prevención como efecto del miedo: “¿Cuál es el fin político de las penas? El terror de otros hombres”.¹⁶ Se esperaba que el temor a la posibilidad de que la comisión del

¹⁶ Beccaria, C: De los delitos y las penas. Ed Hyspamerica. Buenos Aires 1984.

delito convirtiera al propio cuerpo en propiedad del soberano actuara como elemento disuasivo.

Como justificativos del suplicio se suman la venganza del rey en un acto mediante el cual ratifica su poder, y su derecho a defenderse de los enemigos.

La tortura como forma de penalidad no pretende otra cosa que el escarmiento por el dolor, basa su estrategia en las sensaciones. El suplicio busca producir cierta cantidad de sufrimiento en el ensayo del crimen cometido, *“la muerte es un suplicio en la medida que no es simplemente privación del derecho a vivir sino que es la ocasión y el término de una graduación calculada de sufrimiento”*.¹⁷

El suplicio busca efectos en un sufrimiento desmesurado, manifiesta el poder del rey y lo reafirma frente al ultraje. Refiere a una *economía de poder*.

Como mencionamos anteriormente en esta etapa que se extendió hasta el siglo XVIII, la cárcel tenía como función primordial, derivada del derecho Romano, la de custodiar o guardar al acusado durante el proceso del juicio. Planteada como un lugar seguro y saludable, escondía las torturas que buscaban *arrancar* la confesión, *“una crueldad consagrada por el uso en la mayor parte de las naciones”*.¹⁸

Con el tiempo, el poder disuasivo de los castigos corporales fue perdiendo su efectividad, tanta violencia ya no era digna del rey. Es así que la extremada crueldad de los castigos públicos dejó de ser ejemplo resultando en consecuencias adversas, despertó la *resistencia*: el pueblo comenzó a acostumbrarse a los terribles espectáculos al punto tal que esa violencia del castigo se trasladaba al crimen. De manera que la sanción ya no provocaba sino más agresiones y la percepción del soberano como un asesino; transformaba a los condenados en héroes populares.

¿Cómo revertir esto? ¿Cómo lograr que el crimen no sea una hazaña y el castigo un desafío? Este es el objetivo que se pusieron los reformadores del siglo XVIII, que luego serían conocidos como precursores del sistema penal moderno. Esa tarea iba a involucrar en parte, posicionar el alma como objeto de la pena (rescatando al cuerpo de un dolor improductivo) y limitar la discrecionalidad del rey: *“en esta época de las Luces no es de ningún modo como tema de saber positivo por lo que se le niega el hombre a la barbarie de los suplicios, sino como un límite de derecho: frontera legítima del poder de castigar”*.¹⁹

¹⁷OB Cit. Foucault, M

¹⁸Ob. Cit: Beccaria, C Pág. 60.

¹⁹ Ob Cit: Foucault, M. Pág 79

Foucault, por su parte, tomará como un hecho fundamental en las modificaciones de la economía de castigo la desaparición de los suplicios, ya que marca el *“relajamiento de la acción sobre el cuerpo del delincuente”*, el comienzo de un camino hacia el castigo *incorporal*. El cuerpo comienza a ser considerado como un medio para alcanzar a un individuo que se define cada vez más como un sujeto de derecho que posee el bien de la libertad.

La venganza del soberano se transformó en un derecho a castigar ligado a la defensa de la sociedad; *“(...) con la expresión defensa social, se alude en primer término a la protección de la sociedad contra el hecho delictivo. Pero esta protección debe ejercerse no tanto por la represión punitiva del delito como por la prevención del mismo y el tratamiento del delincuente”*.²⁰ La pena ahora será efecto, representación, obstáculo, signo.

Se puede decir que el costo que asumimos mediante el imaginario contrato que nos lleva a vivir en sociedad es aceptar someterse a sus castigos si alteramos el orden. Un sólo hecho puede ponernos en una relación de todos contra uno, donde el *todos* puede ejercer un poder impensable frente al uno infractor. Que como sociedad se decida eliminar o no a los traidores es una cuestión de economía de ese poder; es necesario evaluar los efectos de aplicar determinada pena.

En el 1800 esa necesidad de moderar la pena se presenta como un discurso afectivo. El período quedará marcado por el humanismo de estos magistrados reformistas que, sorprendidos por el uso desmedido del poder del rey e indignados por las *irregularidades* que rodeaban todo el proceso del juicio, propusieron un cambio que se presentaba como una limitación moral al poder del soberano, buscaban que al menos se respetara la humanidad de los condenados: *“los derechos del hombre tenían que ser protegidos de la corrupción y los excesos de las instituciones existentes”*.²¹

Toda esta reforma humanitaria estuvo necesariamente acompañada de otros factores, estaba inmersa en condiciones que obligaron a una nueva administración de los castigos: *“la reforma del derecho criminal debe ser leída como una estrategia para el reacondicionamiento del poder de castigar (...)”*²².

²⁰ Ob Cit, Beccaria. Introducción al texto por Francisco Tomás y Valiente.

²¹ Ob Cit Taylor, Walton, Young

²² Ob cit Foucault. Pág. 85.

Siguiendo el análisis de Foucault entendemos que hasta mediados del siglo XVIII existía cierta cantidad y tipo de ilegalismos que eran inherentes al funcionamiento de la sociedad, un juego que era parte del movimiento económico y político.

Hacia adentro de cada estrato social se generaba tolerancia a determinados hechos ilegales que, estando tan enraizados a la vida cotidiana, eran parte de su coherencia. Dependía de alguna manera del autor del crimen, algunos despertaban odio y otros reavivaban valores, pero lo interesante es que esa tolerancia estaba incluida en los criterios de orden del momento.

Esta situación fue característica del Antiguo Régimen. Incluso la burguesía, que más adelante se encargaría de reprimir estos ilegalismos, se valió de esa pasividad asentando en ella gran parte de su crecimiento económico.

En la segunda mitad del siglo el proceso se invierte. El gran crecimiento demográfico junto al desarrollo de la producción y el aumento de la riqueza generaron cambios en el objetivo de la actividad delictiva y, con la creciente valorización de la propiedad todo atentado contra bienes, territorio o comercio debía ser controlado. El capitalismo necesitaba un nuevo sistema punitivo que codifique las prácticas y aplique sanciones ineludibles.

Esto nos permite comprender que *“la reforma penal ha nacido en el punto de conjunción entre la lucha contra el sobreponder del soberano y la lucha contra el infrapoder de los ilegalismos conquistados y tolerados”*.²³ El foco en el segundo de estos objetivos permitió que la reforma trocara en institución abocada a disminuir el costo económico de castigar y a multiplicar la eficacia del castigo.

Igualmente, a pesar de estos cambios estructurales que propiciaron de alguna manera la mutación del sistema penal, les corresponde a los reformadores humanistas la agitación intelectual y la definición de los principios que iban a implantarse.

Invertir el orden de la cosas. Crear un castigo que sea más instructivo que festivo. El problema estribaba en establecer el status de la ley ya que *“ sólo las leyes pueden decretar las penas sobre los delitos”*.²⁴

El castigo no debe estar librado al arbitrio de un legislador, es preciso que se presente como algo natural pensado por analogía con cada delito para que la representación del mismo sea inevitable en el momento de cometer la infracción o antes de hacerlo, *“los obstáculos que aparten a los hombres de los delitos deben ser más fuertes a medida que*

²³ Ídem Pág. 92

²⁴ Ob Cit. Beccaria, C Pág. 47

*los delitos sean más contrarios al bien público y en proporción a los estímulos que impulsen a ellos”.*²⁵

Ciertamente un cambio en las relaciones de fuerzas, trasladar todo al campo de los intereses, *“encontrar para un delito el castigo que conviene es encontrar la desventaja cuya idea sea tal que vuelva definitivamente sin seducción la idea de una acción reprochable”.*²⁶

Lo curioso aquí es que el catálogo de penas que proponen los reformadores tiene un enorme parecido a los suplicios, la diferencia radical se asienta en que ya no es voluntad humana la que los define, es la ley que actúa por analogía con el crimen; *el poder que castiga se oculta.*

El crimen ya no es un acto heroico que tendrá de contraparte la venganza del rey manifestada en el espectáculo de un suplicio que reafirme su fuerza, sino la desviación del orden por parte de un individuo que encontrará en la palabra escrita un castigo y (si es posible) en él un medio que lo vuelva útil a la vida social.

Es así que la certeza de un vínculo irrompible entre el par crimen -castigo sólo será posible en la redacción de leyes claras que sean publicadas por escrito para que permanezcan inmodificables y al alcance de todos los ciudadanos, *“cuanto mayor sea el número de los que entiendan y tengan entre las manos el sagrado código de las leyes, tanto menos frecuentes serán los delitos, porque no hay dudas de que la ignorancia y la incertidumbre de las penas favorecen la elocuencia de las pasiones”.*²⁷

Ese imperativo de la claridad de la ley traerá aparejado el desarrollo de un código exhaustivo *“que defina los delitos y fije las penas”.*²⁸ El texto escrito teje la venda de la justicia, legitima los elementos legales para la estabilidad del pacto social. Sólo así, *“mediante esa escala perfecta de penas para actos iguales”*²⁹, no habrá esperanza de impunidad.

²⁵ Ídem Pág. 86

²⁶ Ob Cit Foucault, M Pág. 108.

²⁷ Ob Cit Beccaria, Pág. 50

²⁸ La precisión del código se verá reflejada en el tratamiento de los vagabundos, uno de los peores males de la época, *“responsables de la inseguridad en la ciudades”*. Como nos recuerda Robert Castel, la categoría de vagabundo se define por dos variables: *“la falta de trabajo”* y *“la falta de reconocimiento”* es decir de pertenencia a un grupo o amo. El concepto alcanzaba a toda persona en esas condiciones e inclusive a quienes realizaban trabajos desacreditados. Para ellos estaría reservada gran parte del encierro y la obligación al trabajo. Ahora bien, el punto importante es que en 1764 una ordenanza iba a introducir un detalle destacable: se refería a los vagabundos como seres que *“no tienen profesión ni oficio (...) desde hace más de seis meses”*. Comienza a considerarse así el problema del desempleo. El desempleado, a diferencia del vagabundo, no era un ocioso eterno (por lo tanto peligroso) si no que, como en la actualidad, pertenecía a una población económicamente activa en busca de un puesto. Castel R, *La metamorfosis de la cuestión social*. Ed Paidós Buenos Aires 1997. Págs. 91-94.

²⁹ Ob Cit, Taylor,

El vínculo entre estos opuestos necesarios (crimen y castigo) va cerrarse con el concepto de evidencia. Para que el signo actúe es imperativo eliminar la tortura como medio de confesión y determinar otras formas de obtener pruebas que sean igualmente válidas para todos.

Por otro lado, la prevención de hechos delictivos va a depender de la interiorización que cada ciudadano haga del signo, de la imagen inevitable de la pena frente a la idea de romper la ley. Ya no deriva directamente de la intensidad el castigo, lo que implicaba su desmesura, ahora es un principio de economía. La pena, entonces, estará destinada principalmente a quien aún no delinquiró y en un máximo de eficacia a evitar la reincidencia, debe ser un obstáculo para el crimen, *el castigo no tiene que emplear el cuerpo sino la representación.*

Toda esta búsqueda de los efectos ex ante necesitará de un poder de policía; la vigilancia que garantice *“el accionar de la sociedad sobre cada individuo”* dejando a la justicia la tarea de hacer valer *“los derechos de los individuos frente la sociedad”*³⁰.

El plan pena-representación se asienta en el tipo de castigo y en la necesidad de que éste se presente fácilmente como algo útil a los ojos de cualquier ciudadano común y genere una retribución tangible. Es, como dijimos, una cuestión de economía: ¿por qué descartar un cuerpo perfectamente útil y productivo?

Este cuerpo, objeto de una apropiación colectiva, ha llevado a los reformadores a considerar los trabajos públicos como una de las mejores penas posibles, ya que actúa de dos maneras: por un lado suministra un trabajo que retribuye por los daños *generando el interés de todo el cuerpo social en la pena*, y por otro, produce el ejemplo-prevenición por la visibilidad constante: *“motivos sensibles son las penas (...) que inmediatamente impresionan a los sentidos, y que se ofrecen continuamente para compensar las fuertes impresiones de las pasiones parciales...”*³¹

Ahora bien, la aplicación práctica de ese grupo pequeño y claro de leyes y penas generó un problema (y una solución) que será más que relevante para el sistema penal moderno: *la especificación.*

Dentro de los tribunales fue prácticamente imposible omitir las condiciones determinantes del accionar humano. Las penas podían estar predeterminadas para cada delito pero el efecto punitivo deseado iba a depender fuertemente de la individualización de cada infractor: *“puesto que el castigo debe impedir la*

³⁰ Ídem: en referencia a A.Duport.

³¹ Ob. Cit, Beccaria, C Pág. 46. Otra traducción del texto de Beccaria presentará esos motivos sensibles como *remedios perfectamente visibles*. Ver La nueva criminología.

*reincidencia, es forzoso que tenga en cuenta lo que es el criminal en su naturaleza profunda, el grado presumible de su perversidad y la cualidad intrínseca de su voluntad".*³²

Comienza a desviarse la atención del acto en sí hacia un sujeto cada vez más social *"el delincuente ya no es el hombre asilado, atomizado y racional"*. La idea de criminalidad va a ir tomando forma e impactando sobre el tipo de penas que no sólo deben apuntar al potencial infractor sino que deben propiciar la recuperación de quien cometió el acto facilitándole los medios para una elección moralmente correcta.

Se incorpora al castigo la intención de "recomponer" al criminal por lo que será necesaria la modulación temporal del mismo. Una reeducación infinita de la que el delincuente, ahora hombre de virtud, no pueda aprovecharse sólo sería un trabajo y un costo absurdo para la sociedad. Para que puedan valorarse sus efectos se debe tener en cuenta también la idea de progresividad, la pena debe atenuarse frente a los resultados positivos.

En suma, la sanción será determinada de acuerdo a la naturaleza humana de cada uno, ya que no sólo se castiga el hecho sino que se ataca el móvil, la fuente del mal (la vagancia, por ejemplo, esconde la pereza que será sancionada con trabajo) y, para evitar una aplicación uniforme y por lo tanto injusta, estará moderada en tiempo de acuerdo al delito y a sus efectos sobre el delincuente.

Dentro del clasicismo puro la prisión entraba en el código como una pena más, apropiada a ciertos tipos de delitos como el secuestro. Pero en general la sola idea de la privación de la libertad sugería algo tiránico ya que atentaba contra uno de los derechos más preciosos. Por otro lado, no era compatible con el principio de visibilidad-significado que marcó la economía de la pena representación.

Aún así, en menos de diez años se encontrará determinado un tiempo de prisión para cada delito. La cárcel va a barrer con toda la variedad de penas proporcionales y con el show que tenía a la ciudad entera como escenario punitivo, reduciéndolas, cuando no corresponda la muerte, al encierro puro y simple.

Claro es que, para que la prisión pudiera colocarse en el papel protagónico de los códigos debió transformarse separándose de las prácticas tiránicas y abuso de los poderosos a los que estaba asociada. La privación de libertad era cuestionada en su práctica ilegal que emergía del ejercicio de voluntades humanas despóticas que

³² Ob Cit Foucault, M Pág 103

actuaban mediante mecanismos establecidos, como en Francia fueron las *lettres de cachet*.³³

Esta prisión como pena legal estaba inspirada en las prácticas penitenciarias de los hospicios holandeses que comenzaron a funcionar alrededor del año 1600. Estos lugares, que estaban destinados principalmente a los mendigos y jóvenes, buscaban la transformación espiritual por *el empleo del tiempo* y se valían del trabajo colectivo obligatorio y la educación como instrumentos para tal fin. El aislamiento era sólo utilizado como una medida de castigo.

Estos ejemplos influirían en las ideas de la segunda mitad del siglo XVIII. Para entonces, el auge económico posicionaba al ocio como la principal razón de los ilegalismos y había llevado a pensar el trabajo carcelario, al menos en Europa, en términos económicamente productivos.

La independencia de EE.UU. y la consecuente imposibilidad de Inglaterra para mantener las deportaciones de delincuentes a suelo americano, permitió el desarrollo de un nuevo sistema penal que puso a la cárcel como lugar de ejecución de la pena, *“el encarcelamiento con fines de transformación del alma y la conducta hace su entrada en el sistema de las leyes civiles”*³⁴.

A partir de allí, los diferentes modelos que fueron surgiendo agregaban distintas condiciones para la utilización del tiempo en prisión, cada una con sus respectivos fundamentos correctivos. El modelo inglés, por ejemplo, incluiría en 1775 el aislamiento como un medio para evitar la promiscuidad y las posibilidades de fuga primero, y luego como una condición en la que el condenado *“puede reflexionar”* transformando al *“trabajo solitario en un ejercicio de conversión y de aprendizaje”*. Comienza a combinarse la idea de un sujeto económico con la de un sujeto moral.

En 1790 se construía en Filadelfia uno de los primeros dispositivos carcelarios que logró mantenerse a través del tiempo y las modificaciones. Toda la tiranía e irregularidades que rodeaban la privación de la libertad fueron superadas; la cárcel se había convertido en el castigo legal y legítimo, una herramienta del Estado anexa al aparato de justicia que permitía un castigo-corrección oculto después de un juicio y una sentencia pública.

³³ Medio por el cual algunos sectores de la sociedad podían solicitar el encierro de personas que por alguna razón molestaban: por estar vestido con ropas andrajosas, mendigar o simplemente quitar belleza al panorama. Robert Castel, *La metamorfosis de la cuestión social*.

³⁴ Ob Cit, Foucault Pág. 127.

La pena representación no se mantuvo mucho tiempo dentro del mercado del castigo, sin embargo, varios de los principios de esa economía fueron aplicados y desarrollados en el ámbito cerrado. Habrá coincidencia en los fundamentos teóricos del derecho al castigo pero no en torno a los métodos y las herramientas correctivas.

Por un lado, ambos mecanismos apuntan a la prevención como la razón principal de cualquier castigo, evitar hechos potenciales más que expiar una culpa. Otro punto de coincidencia importante es que en las dos tecnologías la sanción debe aplicarse teniendo en cuenta las particularidades de cada individuo, ambos modelos *“exigen procedimientos para singularizar la pena: en su duración, su índole, su intensidad(...)”*³⁵

La mayor diferencia entre estos sistemas se hará evidente en torno a los *procedimientos de acceso al individuo*. De un trabajo sobre el alma a través del signo se pasa a un control a puertas cerradas del cuerpo y tiempo del condenado. La incompatibilidad se manifestará entonces en las técnicas para el logro de esa corrección del infractor.

En el mecanismo de la pena signo la publicidad del castigo era imprescindible: todo ciudadano y como tal potencial delincuente, debía embeberse del mensaje que enviaba un condenado cumpliendo sanción. Se trabajaba directamente sobre el alma mediante la representación.

La ejecución de la pena en el sistema penitenciario va a ocultarse, buscará nuevamente el cuerpo pero ya no el dolor. Procurará, mediante el sometimiento y control de la actividad, llegar al alma, considerada ahora no tanto como espíritu (razón) sino como depósito de los condicionamientos que adquiere un individuo sometido.

El régimen de la prisión de Filadelfia se arraigaba en la severidad de las ideas disciplinarias cuáqueras. Su construcción reflejaba los postulados de Bentham, aunque todas las decisiones en cuanto a su organización y tratamiento se concentraban en la seguridad y la higiene más que en la resocialización del interno.

Una prisión celular que asentaba toda la disciplina en el aislamiento absoluto omitiendo la naturaleza social del hombre. El recurso a celdas individuales facilitaba una vigilancia constante y evitaba levantamientos colectivos, al mismo tiempo que favorecía el ejercicio de reforzar la moral mediante la reflexión solitaria. No significa

³⁵ Idem

esto que el preso permanecía ocioso. La condena era una secuencia repetida de 24 horas de actividades cronometradas. Cada segundo estaba ocupado por una actividad, el reglamento predeterminaba desde el tipo de trabajos (cuya finalidad principal fue financiar los costos del establecimiento) y procedimientos de higiene, hasta las horas de sueño.

Más adelante, en 1820, se crea una nueva prisión en la ciudad de Auburn. Este establecimiento se organizaba en torno a un *“régimen de reclusión nocturno, silencio absoluto y obligatorio, y trabajo común diurno”*³⁶

El modelo auburiano recurría solamente al aislamiento nocturno para elaborar el sentimiento de culpa y la reflexión e implementaba el trabajo colectivo que generaba más producción y permitía contar el trabajo carcelario dentro de la economía del país. El aislamiento absoluto era reemplazado por una medida más lucrativa: el silencio total durante las horas de trabajo, una regla que sin embargo obtenía consecuencias similares ya que negaba igualmente el ser social del condenado. La comunicación entre presos era sancionada severamente mediante castigos corporales, imprescindibles para mantener la disciplina.

La importancia de estos dos modelos americanos de reclusión radica en que luego serían los ejemplos para la construcción de las penitenciarías latinoamericanas.

Mientras tanto, en Argentina...

No es posible ajustar las interpretaciones sobre los cambios que el aparato punitivo tuvo en Europa a la historia del sistema penal en Argentina. Más allá de que las condiciones políticas y socioeconómicas no fueran similares, la idea del penitenciarismo no tuvo una maduración, nunca fue evaluada en relación al contexto, fue simplemente la opción disponible para crear y fomentar un discurso a favor de un cambio necesario que impulsaban las malas condiciones de detención.

Partiremos de la actualidad para tener una noción general de lo que es, desde nuestro punto de vista, la historia penal de nuestro país.

La realidad carcelaria nos es accesible a todos. Gracias a los medios audiovisuales, ya sea por trabajos periodísticos o de ficción, podemos hacernos una idea de las aberraciones que se viven en ese mundo cerrado que, extrañamente, se nos presenta a

³⁶ Ob. Cit. Bujan Ferrando, Pág. 71.

la vez natural y ajeno. Esa situación tiene por detrás un cuerpo legal que legitima, de alguna manera, el castigo.

La ley 24660, vigente en la actualidad, que regula las condiciones en que ha de efectuarse la privación de libertad, no sólo sugiere sino que despliega elementos para pensar el castigo como una puerta a la resocialización del ser desviado y, luego de ella, a la inserción exitosa del ex-recluso al medio que antes lo expulsara. Ley y realidad son extrañas entre sí, y la respuesta política no es tan estratégica como desesperada.

La historia del castigo en Argentina tiene en general esas características . La coyuntura, de un modo u otro, siempre superó la capacidad de acción. Si nos apegamos al marco jurídico no encontraremos más que una sucesión de letras muertas y buenas intenciones.

La cárcel en Argentina ejercía su función preventiva en variados edificios y lugares públicos o privados que, con el tiempo y bajo reclamos por inseguridad e indecencia, se redujeron al Cabildo. Éste se convirtió en el lugar que alojaba a todo tipo de detenidos, ya que la cárcel no sólo era para asegurar a los acusados en proceso sino que actuaba como herramienta *correctiva y coactiva* al alcance de esposos, padres, amos y tutores descontentos, como también de acreedores que buscaban el escarmiento de los deudores. Eran situaciones producto *del ejercicio ordinario de una potestad privada*, no había delito y por lo tanto no mediaba un proceso judicial. Es así que hombres, mujeres y menores convivían en el mismo espacio e ilusoriamente bajo distintos regímenes, quedando librados al hacinamiento, los abusos, los problemas de alimentación y salud y a distintos maltratos físicos. Esta situación, que difería mucho de una cárcel segura y saludable, hacía casi imposible no considerarla como un castigo en sí mismo: “(...) *por las incomodidades y molestias que indispensablemente se padecen* (en la cárcel) *puede contarse entre las penas corporales aflictivas*”³⁷

La transición de la cárcel custodia a la cárcel pena no estuvo bien delimitada. Podemos mencionar aquí algunos factores que contribuyeron a ese traspaso.

La situación antes descripta, que refiere a una mala administración de los ilegalismos, fue utilizando y revelando el encierro preventivo como una pena en sí misma. No había tolerancia a delitos menores como la blasfemia, para los que no había pena física correspondiente por lo que se castigaban con días de reclusión como una pena *suave o*

³⁷ Levaggi, A: Cárceles argentinas de antaño. Ed Ad Hoc. Buenos Aires 2002. Pág. 28

intermedia. La posibilidad de recurrir a la privación de libertad como castigo (aunque no legal en ese momento) fomentaba una mala administración de la detención misma.

Otro punto importante es la abolición de la esclavitud en 1813. En una tierra donde todos los hombres eran libres, donde la libertad comenzaba a valorizarse como un derecho humano, la privación de la misma se convertiría en una pena válida y por qué no, temida.

Cabe aclarar aquí que, hasta muy avanzado el siglo XIX el trueque de la pena capital por años de cárcel no estuvo en discusión. Fueron necesarios mucho tiempo y recursos para valorar el derecho a la vida.

En esta transición también hay que tener en cuenta dos variables importantes: por un lado la influencia del derecho canónico que, a pesar de su historia inquisidora, es caracterizado por el uso de la cárcel como pena ya que utiliza el asilamiento como medio para la penitencia. La Iglesia Católica también se relacionaba con las cárceles a través del ejercicio de la caridad, encontraba allí un público necesitado de amparo que eventualmente le daría el poder de decidir sobre el régimen moral a implantarse puertas adentro.

Un segundo elemento decisivo en esta transición fue el proceso de independencia y desarrollo del Estado: *“la introducción de la cárcel al sistema punitivo estatal fue contemporánea al nacimiento del Estado moderno y a las exigencias de autodefensa que lo acompañaron”*.³⁸

Ahora bien, estos son factores perceptibles de manera retrospectiva, Pero en el momento, lo que mayormente influyó en los discursos fueron las ideas reformistas con su halo humanitario y correccional. El desarrollo del penitenciarismo que se dio en Europa y Estados Unidos iba a presentarse como un cuerpo de soluciones prefabricadas.

La reforma impactó en Latinoamérica ya avanzado el siglo XIX. Teniendo como punto de partida la elección entre el modelo de Auburn o Filadelfia, el penitenciarismo comenzó a implantarse en Brasil en 1834. Le siguieron Chile, México, Perú y Argentina.

En nuestro país, en la primera época pos-revolucionaria, San Martín ya predicaba a favor de un cambio en el sistema punitivo. Culpando a la educación española por la

³⁸ Ídem. Pág. 27.

situación carcelaria de entonces exhortaba una mejora guiada por *“la policía admirable que brilla en los países cultos”*.³⁹

Si bien las primeras ideas correccionales comenzaban circular en las últimas décadas del siglo XVIII, no estuvieron ligadas a un régimen penitenciario. Destinadas únicamente a las mujeres, fueron el ensayo corto de una idea que buscaba utilizar el trabajo de las mismas a favor del Ejército.

Pero el penitenciarismo como tal, es decir, como un grupo de principios y leyes que determinan un espacio y régimen apropiados de detención para corregir, cobró fuerza y popularidad sólo después de que se conocieran en 1820 las obras de los reformadores como Beccaria, Howard y Bentham. Previo a ello no se había dado mayor importancia a la vida de los presos. Estas ideas entraron como una corriente utilitaria que contenía una solución realizable frente a las pésimas condiciones de encarcelamiento.

A partir de allí muchas voces se alzarían en la defensa del penitenciarismo y de la necesidad de adoptar para nuestro país algunos de los modelos americanos.

Todo se mantuvo en el plano de las ideas. La reforma penal no fue ciertamente una prioridad en los presupuestos. Pasaron varios años hasta que alrededor de 1850 comenzaron en varias provincias como Mendoza, San Juan y San Luis los esfuerzos para modernizar los establecimientos carcelarios. Esas acciones no reflejaban una estrategia clara de acción, sino que eran un juego de ensayo y error sobre un sistema que prometió ser eficaz en otros entornos.

Es así que la acción sobre las ideas penitenciaras comenzó a expandirse y la privación de libertad regulada en tiempo según la mayor o menor criminalidad fue adoptada en los códigos de las provincias como reemplazo de las penas corporales. No existió, sin embargo, la seguridad y la confianza en el sistema para que se sustituyera la pena de muerte, lo que inspiraba cierto temor ya que, como mencionamos más arriba, el penitenciarismo no era *“(...) aún en el mundo un ensayo bastante acreditado (...) y mucho menos entre nosotros que tenemos que estudiar la institución y crear los establecimientos”*.⁴⁰

La imposibilidad de financiar una construcción segura hizo que el plan de castigo resocializador fuera implementándose de manera parcializada y precaria.

En Buenos Aires, por ejemplo, el primer ensayo penitenciario se realizó en un sector del Hospital General en la década de 1860. Veinte años más tarde, y después de varios intentos fallidos, comenzó a construirse la Penitenciaría de Buenos Aires con la presión

³⁹ Citado en Levaggi, *Cárceles Argentinas...*

⁴⁰ Idem Pág 61

de un código vigente que suponía su existencia. La construcción se realizó en base al modelo radial inglés que después iba a ser utilizado en distintas provincias.

Ahora bien, a pesar de los avances en la materia, de la inversión en espacios con diseños apropiados al control del tiempo y la individualización de la pena, la vida al interior siguió marcada por las viejas problemáticas de la cárcel custodia.

Los primeros criterios de separación que se aplicaron, sin mucho éxito en los primeros tiempos, fueron el sexo y la clase social. Para las mujeres eran convenientes los conventos como una forma de evitar los abusos y mantener separadas las *"distintas naturalezas"*. En cuanto a la estratificación social, no era posible permitir que la cárcel homogeneizara hacia abajo, corrompiendo la división de status definida para el exterior. Claras intenciones para una realidad en la que todo se mantenía confuso y desordenado.

La introducción del penitenciarismo al sistema sentaría las bases para un cambio absoluto: pasar del caos a la disciplina mediante el aislamiento total o parcial.

Con el paso del tiempo se incorporaron a los reglamentos y códigos nuevos criterios de clasificación e individualización: edad, tipo de delito cometido, lugar en la carrera de delincuencia (reincidente o primario), entre otros, todos tendientes a evitar la comunicación entre los presos ya que *"debilitaba la impresión de la pena"*.

Los reglamentos ideales fueron colocados muy lejos de la situación real, estaban destinados a ser inaplicables. Se sumaban la lentitud de los procesos y pequeñas decisiones, como la aparición de juzgados federales en 1863 sin edificios donde destinar los resultados de sus casos, que agravaron los problemas existentes en las instituciones provinciales.

Hay registros desde 1864 (hasta la actualidad) que revelan una mezcla inapropiada en la población carcelaria, no sólo entre procesados y condenados sino que involucra criterios como el sexo, edad y condición. Desde entonces la cárcel estaría rotulada como *escuela de maldad*. Aún habilitada la Penitenciaría Nacional *"la separación de los presos fue un objetivo difícil de alcanzar a causa de la insuficiencia crónica, tanto de los recursos edilicios y humanos disponibles como de los presupuestos necesarios para realizar las ampliaciones y reformas que se requerían"*⁴¹ Esta escasez también impactaba fuertemente en las condiciones de salubridad y alimentación en los establecimientos.

⁴¹ Ob Cit. Levaggi, A: pag 197

Dentro de este contexto no es posible dejar de mencionar las relaciones entre presos usualmente marcadas por la violencia y abusos entre quienes, desde afuera, se perciben como iguales. Las agresiones entre prisioneros mantuvieron vivos los azotes como medio de castigo al interior que coexistirían, hasta ser reemplazados, con el aislamiento total y la privación de alimentos

El cuerpo argentino encerrado no fue mortificado por la aplicación de una disciplina, por el control sistemático sobre las actividades y el tiempo; el tormento fue marcado por la violencia y las pésimas condiciones de salud, alimentación y alojamiento de cárceles eternamente superpobladas.

Capítulo II



La Cárcel como Espacio

La cárcel, último estadio en el camino de humanización de las penas, está presentada a la sociedad bajo un objetivo reformador. Es la ejecución del castigo pero también, es el espacio apropiado para la corrección y la reeducación que mantiene su existencia formal sujeta a la idea de disciplina.

Sabemos que el encierro se generaliza y sustituye a otras formas de sancionar el delito con el desarrollo del capitalismo industrial; así, la prisión se convierte en el aparato disciplinario por excelencia: “ *Lo carcelario naturaliza el poder legal de castigar, como legaliza el poder técnico de disciplinar*”⁴²; es el instrumento de la economía del poder que supone el aislamiento reparador.

El mecanismo de la disciplina, que es un conjunto de medios y principios para organizar y aprovechar el tiempo de aislamiento, supone la recuperación del hombre sometido a él; busca formar su cuerpo y su mente para el trabajo, ejercitando simultáneamente una moral que se activará a futuro como efecto de una vigilancia constante que deja una sensación de control continua impresa en la mente de los condenados. Corregir y producir un cuerpo útil: “*el poder disciplinario es un poder que en lugar de sacar o retirar, tiene como función principal la de enderezar conductas*”⁴³

Siguiendo la legislación actual es fácil comprender en su estatus formal (se consideren correctos o no y más allá de que se lleven a cabo en realidad) los pasos que supone la resocialización de los individuos alojados en los penales; las funciones de cada miembro del establecimiento, la rutina y la progresividad de la pena aparecen perfectamente explicados en distintos instrumentos legales.

Pero en nuestra realidad actual no hay parámetros que guíen el encauzamiento de conductas indeseables, por el contrario, ésta refleja que no existe ni el deseo ni la necesidad de corregir, y no porque se reconozca la conciencia del delincuente o se analicen sus actos por relación a sus valores sino porque son cuerpos que, fuera del sistema penal, sobran. Es muy difícil que el mercado productivo los absorba pero si tienen una funcionalidad tácita: son, de alguna manera, el enemigo perceptible. Es así, que gran parte de la sociedad llega a percibir a la cárcel como un depósito de cadenas perpetuas; las personas que entran pueden caer en un olvido merecido por la comisión del delito, un olvido regido por la idea de que no volverán a atacar contra la

⁴² Foucault, M; “*Vigilar y Castigar*” Siglo XXI editores. Buenos Aires. Ed2002

⁴³ Idem

seguridad o bienes ajenos. Por su parte, quien cae en el mundo del sistema penal entra en un juego de negociaciones continuas en el que la cárcel es sólo el escenario de lucha entre el devenir como ser humano y la respuesta racional y hasta mecánica propiciada por una estructura legal.

Pero no buscamos cuestionar aquí la existencia de la cárcel en sí misma o si se ajusta a la propuesta formal de la ley. Tomamos el establecimiento penitenciario como una realidad cuyas características nos llevan a preguntarnos qué ocurre con la identidad del penado en su paso por “ese” encierro.

Para trabajar sobre esa problemática sacamos a la cárcel del final de ese camino lineal en que se está transformando la respuesta a los problemas de seguridad en la Argentina y la colocamos en el punto de partida. El encierro indiscriminado y las condiciones de vida que impone son parte del problema y no de la solución.

Como mencionamos con anterioridad, una de las variables que nos guía a este cuestionamiento es la reincidencia en el delito. Reincidente, en términos jurídicos, es quien habiendo cumplido condena comete actos delictivos del mismo tipo por el que fue juzgado la primera vez (reincidente especial) o de distinta naturaleza (reincidente general). No es simplemente volver a incurrir en hechos delictivos, lo importante para el concepto es la condena que marca la diferencia con la reiteración: *“La diferencia entre tratamiento legal de la reincidencia y la reiteración se fundamenta en que el reincidente revela que no ha ejercido efecto sobre él la misión reeducadora que constituye el fin de la pena.”*⁴⁴

En nuestro país, aunque la Ley Privativa de Libertad sugiere que el reincidente debería ser un caso excepcional, durante los últimos años se registraron promedios del 20 por ciento de reincidentes sobre la población carcelaria total.

No nos hemos propuesto para este trabajo incursionar en el por qué de los actos delictivos aunque justifiquen en parte la existencia misma de la cárcel, aún así adherimos a una explicación social de la delincuencia como *“una cuestión básica de la relación entre el hombre y las estructuras de autoridad, y la capacidad de los hombres de hacer frente a esas estructuras con actos de delito, desviación y disenso”*⁴⁵ El desorden resultante de esos actos se traduce en la necesidad de control social del cual la cárcel es el lado visible y tangible. Es ciertamente una respuesta pero no una solución.

⁴⁴ Diccionario de derecho argentino: www.todoiure.com.ar

⁴⁵ Taylor, I; Walton, P y Young, J: *La nueva criminología* Amorrortu Ed. Buenos Aires 2001

La sentencia, como un indicador del funcionamiento de la justicia, es necesaria para mantener la credibilidad sobre el aparato estatal. Cada una de ellas actúa como un aporte para restituir el orden; sella un proceso con el placer de haber hecho justicia otorgando un castigo merecido y humano.

Pero nuestra responsabilidad sobre el “orden” no debe agotarse en el juicio, ya que cada condena a la privación de libertad inaugura el seguimiento de una vida en prisión. Es necesario indagar sobre lo que desata el encierro, cómo se vive y qué provoca: ¿Qué ocurre con la estructura de una persona que pasa por el circuito del sistema penal? ¿Cuáles son las implicancias de arrasar con la autonomía hasta el extremo de atentar contra la libre disposición sobre el cuerpo?.

Para enfrentar estos cuestionamientos y comprender el sistema penal desde quien sufre la condena recurrimos a la obra *Internados* de Ervin Goffman. El autor estudia las instituciones totales centrándose en las que tienen la característica distintiva del ingreso involuntario del interno; desde allí expone una “versión sociológica de la estructura del yo”. Su experiencia empírica se ubica básicamente en hospitales psiquiátricos, y es a partir del estudio detallado de esta institución que tipifica categorías que extiende al resto de las instituciones totales.

El término institución será utilizado aquí en un sentido ordinario, es decir, como equivalente de organización o establecimiento. Cabe aclarar, sin embargo, que la cárcel es una forma de objetivación o materialización de la *institución control social* en tanto conjunto de normas y reglas que surgieron y permanecen por la necesidad de preservar el orden.

Toda institución posee *tendencias absorbentes* en el sentido que reclama tiempo e interés de sus miembros y les proporciona una realidad, un mundo propio. En las instituciones totales esas tendencias se encuentran intensificadas y se simbolizan en los muros, rejas, puertas cerradas y distintos obstáculos materiales que limitan la interacción con el exterior. La cárcel queda clasificada entonces como un tipo de institución total organizado para la protección de la comunidad de quienes intencionalmente constituyen un peligro.

Entendemos la prisión como el espacio por excelencia; claramente definido, cerrado. Su función y objetivos (formales) en tanto institución total la construyen como la realización de barreras a la interacción con el resto del mundo social. Su pretendido éxito en la resocialización de los internos dependerá en parte de proporcionar a los mismos un conocimiento dosificado del exterior.

Para ese mismo espacio han sido planificadas todas la actividades que el interno, como uno más en una masa humana, realizará sin la posibilidad de establecer las separaciones que comúnmente ocurren en el exterior, como cambiar de espacio y grupo de acuerdo a la actividad. El autor establece esto como un punto crucial y lo define como sigue: “ *el hecho clave de las instituciones totales consiste en el manejo de muchas necesidades humanas mediante la organización burocrática de conglomerados humanos indivisibles*”⁴⁶

Las consecuencias de esta organización se presentan relacionadas con tres conceptos: vigilancia, trabajo y familia.

Existe en las instituciones totales una división clara de sus miembros: un grupo manejado a los que se denomina *internos*, y un grupo más pequeño de *supervisores o guardias*, abocados a vigilar a los primeros. La relación de vigilancia permite la movilización en masa del grupo de internos y se limita al control sobre la realización de actividades previamente asignadas. Así, la infracción se destaca en un marco de sometimiento generalizado.

Un segundo punto problemático se relaciona con el concepto de trabajo. El tema central con relación a esta cuestión es que en las penitenciarías no hay motivación posible para el trabajo que pueda reemplazar la significación que éste adquiere en el exterior ya que, en la actualidad el empleo es un valor en tanto habilita el consumo que es un ámbito apreciado como ejercicio de la libertad. Por otro lado en las relaciones de trabajo en libertad hay una conexión más inmediata y concreta con el pago y un trato con la autoridad que se termina con el final de la jornada laboral.

En los establecimientos penitenciarios el trabajo es considerado por un lado como un beneficio para el interno en tanto se lo define como herramienta fundamental para la resocialización, y por otro lado como un beneficio para “*el establecimiento y el Estado, reduciendo los costos y ayudando a mantener la disciplina interna*”⁴⁷

En la cárcel argentina, según la norma, el trabajo es obligatorio para los condenados (lo que no significa que el interno es obligado a trabajar sino que la negación es considerada una falta) aunque, en la actualidad carcelaria, si bien no se toma al trabajo como castigo tampoco es ejercitado como deber o derecho, en algunos casos se ha llegado al extremo de ser utilizado como recompensa por la buena conducta.

⁴⁶ Goffman, E: “Internados: Ensayos sobre la situación social de la enfermos mentales” Ed Amorrortu . Buenos Aires 1998. pág.20

⁴⁷ Buján, J; Ferrando, V: La cárcel Argentina. Una perspectiva crítica. Ed Ad-Hoc. Buenos Aires 1998.

Según datos del 2002 proporcionados por el Ministerio de Justicia, sólo el 32 por ciento de los internados en las cárceles del país trabaja y es probable que la mayoría de individuos de ese porcentaje realice actividades laborales como una estrategia en el sistema de castigos y no en base a los beneficios que el sistema prevé para el trabajo en prisión como parte de la disciplina.

Nos queda por considerar la relación del interno con la familia y la significación que esta adquiere.

La familia, en tanto núcleo de organización social, encuentra en la vida de cuadrilla propia de las instituciones totales el mayor contraste. La reclusión, por definición, despega al interno de sus estructuras y entornos de referencia; éste, con el paso del tiempo, sufrirá la frustración provocada por la incapacidad de registrar los cambios que ocurren en el exterior y de ser partícipe de ellos. Es así que las distintas formas y esfuerzos que el preso realice para mantenerse al tanto de su círculo familiar serán considerados como un instrumento de resistencia a esa vida de cuadrilla y disciplina, que es ahora su medio.

El funcionamiento de la institución total se desprende del principio de asilamiento, es decir que para actuar como un ente disciplinante por la aplicación de un castigo reparador y resocializador, para lograr la reinserción de un individuo mejorado comienza por aislarlo para poder intervenir sobre él. Sabemos, sin embargo, que la realidad de la vida en prisión no se acerca a un plan disciplinario o de rehabilitación, aun así las formas de organización de la institución total propician agresiones sistemáticas contra la autoconcepción que cada interno tiene de sí mismo. Cabe aclarar que estas mortificaciones no son intencionadas y como tales encuentran su justificación en principios como la seguridad, el orden interno y la responsabilidad por la vida, entre otros.

Teniendo en cuenta esto, entraremos en la descripción de las categorías que nos permitirán comprender los procesos de mortificación y de adaptación que puede sufrir el yo, en la vida en el encierro.

Muerte Civil

Todos podemos reconocernos como una unidad. Todas las personas, con más o menos capacidad de expresarlo discursivamente, poseemos una identidad, una

concepción de nuestra persona y un entorno o marco de referencia al que nos sentimos pertenecientes y que nos permite enfrentar éxitos, fracasos y conflictos en los distintos ámbitos de la vida.

Una manera bastante funcional pero pertinente para entender este punto es recurrir al clásico concepto de *rol*. Podemos interpretar nuestra vida diaria como el ejercicio o la actuación en distintos roles relativamente independientes unos de otros. Esa independencia de los roles nos brinda cierta libertad, por la certeza de que no seremos juzgados en un ámbito por el desempeño que tengamos en otro.

El concepto de muerte civil, refiere de manera amplia, al proceso que comienza con el ingreso a la institución total, y que implica perder esa diferenciación de roles junto a la capacidad de organizar con autonomía las necesidades y los caminos para satisfacerlas.

Es decir, que lo que caracteriza primeramente el ingreso a la prisión es un quiebre con esa separación de actividades y grupos propios de la vida libre. Se le adscribe a la persona el rol único de interno, y es en cuanto a tal que realiza las distintas actividades, desde el dormir hasta las de recreación y educación.

La institución va a inhabilitar la cultura y las referencias del mundo civil del interno sin ofrecer realmente una alternativa. Esto no significa sino la *“eliminación de ciertas oportunidades de comportamiento y la impotencia de mantenerse al día con los cambios en el exterior”*⁴⁸, situación que tras largos períodos de encierro puede llegar a la *“desculturación”*⁴⁹. Esto derivaría para el interno en una tensión entre lo que fue su mundo habitual y el institucional ya que para relacionarse con otros internos y con el personal, debe adaptar su identidad social, entendida ésta como los atributos que le son otorgados por el medio social de acuerdo a la categoría que habita.⁵⁰

Esta condición facilita el manejo de los hombres en tanto el encierro cobra sentido sólo por relación a la posibilidad de quedar libre y ello requiere a veces la sumisión involuntaria; mostrar cierta obediencia y adaptación al régimen como una forma de obtener el “puntaje” por la buena conducta.

Este despojo de los marcos de referencia y la “modificación de la identidad” dan lugar a profanaciones del yo. Las mortificaciones que sufre el yo de una persona en la institución total ocurren de manera constante aunque la mayoría no como algo

⁴⁸ Idem. Pág. 26

⁴⁹ Concepto utilizado por el autor que define una situación temporal en la que la persona es incapaz de encarar ciertos aspectos de la vida diaria en el exterior.

⁵⁰ Goffman E: *Estigma. La identidad deteriorada*. Ed Amorrortu Buenos Aires 2003

deliberado sino que son inherentes a varios de los procedimientos carcelarios sin estar registrados concientemente como tales.

La primera gran agresión la marca la separación con el mundo civil y el imperativo de romper con el pasado que se concreta en el *procedimiento de admisión*. El ingreso de un interno implica desplegar y volcar en un legajo todas sus características biológicas en tanto ser humano (altura, peso, huellas digitales), descripciones sobre su salud, condición física y psicológica. Despojado de todo punto de contención y de sus propiedades se exponen y clasifican sus intimidades, relaciones y el manejo que ha hecho de las mismas, su posición social y su pasado. Se encuentra frente a una violación intencionada de sus límites personales.

También la *rutina*, propia de la vida de cuadrilla como un recurso de la disciplina, puede actuar como una fuente de mortificaciones al yo del interno en tanto se perciba forzado a realizar tareas con las que no se identifica y se vea al mismo tiempo privado de la posibilidad de actuar de acuerdo a su identidad personal, entendida ésta como la unicidad manifestada en “*marcas positivas o soportes de la identidad y la combinación única de los items de la historia vital*”⁵¹ Es decir, que esa identidad que emerge de la combinación única de hechos que pueden aparecer igualmente en otro individuos (ser padre por ejemplo) y que está soportada en distintos objetos o marcas que pueden ir desde las huellas digitales, una fotografía o el rol dentro de la familia, no tiene valor como un elemento en el cual apoyarse para actuar al interior establecimiento.

Hemos considerado hasta aquí las *agresiones directas* como hechos que ocurren en presencia del individuo y que refutan su autoconcepción anterior. Referiremos también a agresiones indirectas que se definen como “*la ruptura de la relación habitual del individuo actor y sus actos*”

Una ruptura que se repite en las instituciones totales es el *looping*. Si bien la traducción de este término a la lengua castellana está relacionada con la idea de repetición o circuito cerrado, en este caso, refiere a la inutilidad de las actitudes defensivas que puede tener un interno frente distintos órdenes o partes de la rutina en tanto se convierten en motivo de ataque. En palabras de Goffman, es “*un estímulo que origina una reacción defensiva por parte del interno toma esa misma reacción como objetivo de su próximo ataque*”⁵²; por ejemplo, un interno que frente a una orden reacciona mostrando malhumor o desacuerdo para marcar de alguna manera distancia

⁵¹ Ídem

⁵² Goffman, E: “Internados: Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales” Ed. Amorroutu . Buenos Aires 1998. Pág. 46

entre la situación y su persona, será cuestionado o será castigado por esa reacción desligándola de su objetivo y tornándola inútil y hasta contraproducente. En situaciones futuras hará un esfuerzo conciente para evitar dicha reacción salvo que su intención sea mostrar rebeldía.

Este tipo de agresiones menos directas pueden desprenderse de la tendencia a la multiplicación de reglas, propia también de los lugares de encierro. Esta tendencia implica especificaciones constantes sobre las acciones de los presos (exigir un cambio de postura frente a sus compañeros por ejemplo) que van limitando las oportunidades de autodeterminación. Este exceso de reglas ocurre en un orden jerárquico donde cualquier miembro del personal tiene derecho a disciplinar a cualquier miembro del grupo manejado. Esta situación aumenta las posibilidades de sanción y tiene como correlato el temor y la ansiedad por la posibilidad de quebrantar reglas; estas sensaciones se presentan más intensamente en los primarios durante los primeros tiempos después del ingreso.

Sistema de Privilegios

Los despojos y agresiones que sufre el interno en el proceso de ser admitido en el establecimiento se interpretan como un preparatorio para aceptar las condiciones de vida en el encierro; dejan paso a las relaciones que los internos desarrollan en el interior del establecimiento que están enmarcadas en lo que se llama el *sistema de privilegio*. Éste involucra elementos que dan al preso un marco para la reorganización personal y es al mismo tiempo un recurso para la organización, propio de las instituciones totales.

Este sistema tiene tres componentes principales a saber, *normas, recompensas o privilegios y castigos*, que se articulan de la manera más racional posible con el fin de *"conseguir la cooperación de personas que a menudo tienen motivos para no cooperar"*⁵³

Las normas, como en otros ámbitos de la vida, pueden definirse como patrones que regulan la conducta del interno, con la particularidad en las instituciones totales de esa tendencia a la multiplicación y especificación que anula las posibilidades de

⁵³ idem pag 61

discrecionalidad del agente sobre sus acciones. No se ejercita la norma en pos de encontrar en ella un valor sino que se operacionaliza en condicionamientos constantes a la acción.

Un segundo elemento de este sistema son las recompensas, que pueden entenderse como premios a cambio de obediencia y tienen especial importancia porque generalmente influyen directamente sobre el tiempo de la condena. El interno interesado en obtener su libertad guiará sus acciones (al menos la mayoría de ellas) en torno a esas recompensas o premios que se registran como cambios en su comportamiento. De esta manera otorga sentido a su encierro por relación a su deseo y sus posibilidades de salir en libertad.

Pero este juego de sometimiento por interés no es algo simple de lograr y sostener durante las veinticuatro horas, se dará por lo tanto en medio de ajustes permanentes para evitar que esta obediencia estratégica no suprima todo espacio para la autodeterminación.

Estos ajustes secundarios, que se definen como *“prácticas que sin desafiar directamente al personal, permiten a los internos obtener ciertas satisfacciones prohibidas, o satisfacciones lícitas por medios prohibidos”*⁵⁴; se constituyen en un sistema que le permite al preso el dominio mínimo del medio y sus posibilidades, o simplemente la disposición sobre el propio cuerpo.

Este sistema de ajustes supone el desarrollo de un código y un sistema de control informal entre los internos que procure que las acciones no permitidas no serán delatadas al personal.

Estas reglas tácitas abarcan la totalidad de las relaciones entre presos y, según Goffman, en acciones colectivas, como pueden ser las distintas formas de indisciplina grupal, manifiesta la solidaridad entre internos como uno de sus fundamentos.

Queda por mencionar el tercer y último elemento del sistema de privilegios: los castigos.

Las sanciones son el resultado del quebrantamiento de reglas y en general, las más leves, consisten en la privación del derecho a recompensas y privilegios o actividades recreativas por un tiempo determinado.

Las faltas más graves, que según nuestra legislación involucran peleas entre internos, agresiones al personal, consumo de drogas, intentos de fuga, entre otros, conllevan

⁵⁴ Ibíd. pag 24

como sanción el aislamiento total por un tiempo determinado de entre siete y quince días, incluyendo en algunos casos la privación de las visitas.

La aplicación de los castigos revela al sistema como inamovible, siendo los internos trasladados de acuerdo a la sanción para realizar ciertas tareas o habitar un espacio determinado. Así la movilidad de los internos en el sistema se estructura por la combinación de la calificación del comportamiento y la calificación de los espacios; pabellones de buena y mala conducta, celdas de castigo u otros. Por otro lado el lugar que el interno habite dentro del penal influirá en la percepción que el personal tenga del mismo.

Hemos mencionado hasta aquí distintos tipos de mortificación y el sistema de privilegios y ajustes secundarios como marcos de referencia disponibles en prisión que el interno maneja para adaptarse. Cada estrategia depende en parte de la identidad personal aunque la mayoría será producto de una combinación entre actitudes de obediencia e intransigencia como tácticas para manejar la tensión entre el que era el mundo habitual del individuo y el mundo institucional.

A continuación veremos en qué medida la aplicación de estas categorías nos permite explorar las condiciones de vida en las prisiones argentinas.

Capítulo III



Vivir en la Tumba

*I never saw a man who looked
With such a wistful eye
Upon that little tent of blue
Which prisoners call the sky*

Oscar Wilde, The Ballad of Reading Gaol.

En la actualidad el estímulo para el consumo, y con él la imagen de un modelo de vida deseable, llega a cada rincón de la ciudad. Es normal que como seres humanos habitantes de la sociedad capitalista contemporánea nos embarquemos en la prosecución de cierto bienestar materializado en distintos tipos de bienes.

Esta nueva forma de participar⁵⁵ y pertenecer genera en gran parte de la población una sensación de fracaso unida a la aceptación humilde y sumisa de un destino de honesta pobreza irremediable. En otros espacios, como en los sectores medios, hará que se desplieguen todas las herramientas al alcance, en términos de educación, capacidad laboral y herencia, al servicio de esa realización como consumidores.

El criminal *tipo*⁵⁶ emerge también, al menos en parte, de ese deseo de realizarse en el consumo; buscará a con su acto de delito una especie de justicia en la distribución.

En general su trabajo se realiza de manera premeditada y conciente, asumiendo la responsabilidad sobre sus actos y las posibles consecuencias. Los riesgos son tomados de manera natural; ni siquiera la posibilidad de muerte parece ser un elemento disuasivo, es simplemente un costo, alto por cierto, cuya probabilidad de ocurrencia se asienta en la experiencia y la estrategia.

Lo mismo ocurre con la pena de prisión: “*o voy en cana o me matan*”⁵⁷ En la instancia del delito la privación de libertad es sólo un riesgo más que cuando ocurre se revela más alto de lo que se imaginaba.

Podemos dividir analíticamente la vida de un interno en el penal en tres etapas: un período de ingreso que puede extenderse hasta las tres o cuatro semanas a partir del día de admisión; una segunda etapa que llamaremos de acostumbramiento, y una tercera que denominaremos período previo a la libertad. Este último refiere tanto a la libertad por el cumplimiento total de la condena como a la fecha fijada de libertad condicional.

El período de ingreso comienza el mismo día que el sujeto es admitido en el establecimiento e inicia “*una serie de degradaciones humillaciones y profanaciones del yo*”.⁵⁸

⁵⁵ Para una análisis del consumo como forma de participación ver Bauman, Z: *Trabajo consumismo y nuevos pobres*. Ed Gedisa. Buenos Aires 1998.

⁵⁶ Nos referimos aquí a la persona que construye su carrera criminal en base a l robo en tanto hecho delictivo que manifiesta un levantamiento contra los condicionamientos socioeconómicos. Mediante este tipo de delito el actor busca un cambio rápido en su poder adquisitivo. Otros delitos como la violación o el homicidio intencionado requieren otras variables explicativas de tipo psicológico y emocional. Estos hechos se presentan como injustificados y altamente condenables por la población criminal misma.

⁵⁷ Ver Anexo Entrevista 2

En Buenos Aires hay dos tipos de penales: los de alojamiento colectivo como la cárcel de Devoto, y los que se organizan en torno a celdas individuales como por ejemplo la Unidad 19 en Ezeiza. El procedimiento formal de admisión va a variar levemente de acuerdo a esta diferencia.

En los sitios de alojamiento colectivo el interno entra generalmente a la madrugada y pasa los primeros días en el pabellón de ingreso⁵⁹ que, como su nombre los indica, está destinado a los recién admitidos. En los lugares de alojamiento individual el interno, después que fueron recogidos sus datos, es guiado a la que será, al menos por un tiempo, su celda.

Dentro del marco jurídico el procedimiento de admisión debería involucrar ciertos pasos previstos en la Ley Nacional Privativa de Libertad⁶⁰, aunque en la realidad, según lo revelan los informantes, eso se reduce a un pequeño cuestionario sobre su situación familiar y la causa que los llevó a prisión, seguido por un examen físico a cargo del médico del lugar que tendrá como resultado un certificado que deje constancia del estado de salud del sujeto al momento del ingreso.

Al interno se lo despoja también de todas las pertenencias que lleva consigo en ese momento y que no están permitidas; ingresará sintiéndose desnudo, paradójicamente robado ya que la mayoría de las veces no vuelve a ver esos valores.

"(...)te despojan de todas tus cosas. Ponele si te encuentran plata te la sacan, alguna ropa que le gusta (...) se la agarran para ellos.(...)Yo tengo camisa y remeras negras que son las que usan ellos. (...) Igual viste las camperas esas, los gamulanes, eso se los agarran todo para ellos.(...).No lo ves más."

En la cara no oficial de este proceso los guardias a cargo someten al recién ingresado a una golpiza que, en cierto modo, actúa como un código de comportamiento a futuro, deja las cosas claras respecto del lugar de cada uno.

"Primero te hacen un examen físico con el médico,(...) y después si te quieren hacer algo te lo hacen, te pegan, te verduguean, te hacen hacer gimnasia., todo, porque sí..".

⁵⁸ Ob cit. Goffman E, Internados Pág. 27.

⁵⁹ Uno de los entrevistados nos relataba la situación de quienes recién ingresan al penal de Devoto: "Cuando yo llegué al 12, pabellón de ingreso, había 180 personas, había suponemos 80 camas, (...) por los menos podíamos dormir. (...)actualmente hay 350 personas, no podía dormir la gente, en el piso tampoco.(...) Unas personas hacen turno (...)me voy a dormir dos horas, después toca a vos y después al otro, así se turnan para dormir." Ver Anexo. Entrevista 4

⁶⁰ Ver Ley 24.660 Capítulo II artículo 13 incisos a) y b) y Capítulo III artículos 66, 67 y 68.

Una extraña psicología que puede tener como resultado individuos sometidos, “*conversos*”⁶¹ dentro de las categorías de Goffman, o de “*línea intransigente*”: seres resentidos que actuarán con rebeldía (expresa o tácita) en la relación con el personal.

Aún así, y sabiendo que los principales componentes del penal son estos dos grupos opuestos y definidos a saber, guardias y prisioneros, la mayoría de los problemas y disputas no surgen de esa oposición sino que lo hacen de la estratificación que se da entre los mismos presos.

*“Entre toda convivencia de internos, los malos no son policías (...) realmente los que arruinan a los internos, son los internos”.*⁶²

El primario, es decir quien entra a la cárcel por primera vez, se encontrará con un doble recibimiento: por un lado el que propina el servicio y que describimos anteriormente, y por otro el que viene de parte del resto de los prisioneros. A pocos días de entrar va a ser “puesto a prueba” por quienes serán sus “dueños” o eventualmente sus pares:

*“ Dos días nomás estuve bien. Y después, bueno,(...) Fue cuando me hicieron meter para adentro de una celda,(...) ahí nomás empezaron a sacar faca, me empezaron a golpear, todo”*⁶³

*“Te quiebran, te quieren quebrar cuando entras nomás. (...)mandan a alguien para verte la reacción para pelear, te timbrean digamos.(...) Y, tenés que pelearte de frente mar”*⁶⁴

Este “timbreado” o “prueba de reacción” será un de las primeras lecciones sobre las reglas de juego. En ese primer encuentro violento la reacción, ese *pararse de manos*, revelará a la persona como alguien que tiene el valor de defenderse en esas situaciones. No se trata de quien va a ganar sino de encontrar un ser respetable a través de una actitud activa de defensa.

Por otro lado, la consecuencia de mostrar debilidad en ese encuentro será la atribución de un rol en general no deseado en el mundo carcelario que se denota con la palabra “gato”. Insistiremos en este punto más adelante.

⁶¹ En la jerga penitenciaria actual estos individuos se conocen como “buchones”. Se encargan de delatar las acciones no permitidas de otros internos y en ciertos casos actuaran en complicidad con los guardias para concretar ciertos abusos .

⁶² Ver anexo Entrevista 4

⁶³ Ver anexo. Entrevista 1

⁶⁴ Ver anexo Entrevista 3.

Esta “bienvenida ” que dan los guardias y los presos al recién llegado pueden analizarse como dos “test de obediencia” que, como dijimos, procuran dejar en claro el lugar y el valor que tiene el nuevo interno en el sistema. Para éste una consecuencia de ello, que permanecerá por un tiempo considerable, es la pérdida del “sentido de seguridad personal”:⁶⁵

“Psicológicamente no se puede dormir tranquilamente(...)tenés que dormir un ojo abierto un ojo cerrado”⁶⁶

Todo el periodo de ingreso actuará como un anticipo de los rasgos que van a caracterizar la vida dentro del penal. En el proceso de admitir a un individuo comienza la muerte civil que experimentará durante su estadía en prisión y que arranca por un quiebre brusco con su pasado y círculos de referencia simbolizado en la privación de visitas durante las dos primeras semanas.

Las agresiones y maltratos expresos, que no buscan sino la obediencia fundada en el temor, y las mortificaciones que se derivan de los procedimientos formales van a provocar cierta inestabilidad en la identidad del individuo. Separado de los roles con los que se identificaba y desconcertado por un cambio en las expectativas de respuesta del otro deberá reprimir, por temor o conveniencia, las reacciones normales que tendría en una situación similar estando en libertad.

Un segundo momento, que denominamos etapa de acostumbramiento, supone que el interno ha superado el tiempo en que todas las experiencias se presentan como totalmente nuevas. Se ha acostumbrado a vivir en el penal, ya conoce las reglas de juego e irá afianzándose en el manejo de las mismas redefiniendo su identidad en función de su posición y su estrategia para sobrellevar la vida al interior.

Utilizamos la palabra costumbre porque nos permite referir a la aceptación resignada de la que será la rutina durante su permanencia en el establecimiento. Esa rutina no es producto de la aplicación diaria de una disciplina infalible en pos del control minucioso de un tiempo productivo, sino que es resultado de la discrecionalidad del mismo interno sobre un tiempo que parece no tener fin y los recursos limitados de que dispone.

Esta reorganización del tiempo y el espacio en función de los condicionamientos del encierro involucra dos puntos importantes que son: la definición de un espacio personal y las nuevas formas de manejarlo, y la inserción en un grupo.

⁶⁵ Goffman E, Ob Cit Internados. Pág. 31-33

⁶⁶ Ver anexo entrevista 4.

Lo primero se da por el desarrollo de nuevas relaciones de propiedad con cosas que le provee su familia en las visitas. Todo los nuevos objetos que pueda identificar como propios le ayudaran a organizar su espacio y le darán la posibilidad de controlar su aspecto y mostrarse, en lo posible, como desea ser visto, irá armando, en términos de Goffman, su *“equipo de identificación”*.

Algunos de esos elementos serán en ocasiones objeto de intercambio, ya sea con el personal del servicio o con los mismo internos, y otras veces estarán librados a robos o extorsión.

Por su parte, la necesidad de un grupo se relaciona con dos formas de sobrevivir; por un lado responde a la naturaleza social del individuo y la necesidad de compartir y sentirse contenido; desarrollar relaciones de afecto con los compañeros es también una manera de oponer resistencia al encierro mismo.

“(...) allá tu rancho es tu familia. (...)compartís las visita, comparten la comida, se comparte un mate, una conversación...”⁶⁷

Por otro lado el grupo o “rancho”, como le llaman los internos, va a ser fundamental para definir las relaciones de poder y el enfrentamiento de fuerzas entre los presos ya sea que involucren la violencia física o no.

“Quien tiene más rancho es quien tiene más fuerza. Si es un solitario, tenés que saber pelear de verdad para sobrevivir”⁶⁸

Otro punto fundamental durante la condena serán los contactos normales con el personal del servicio. Las relaciones con los guardias en general se definen dentro de lo posible por una amabilidad estratégica (verdadera o falsa) evaluada a veces como una relación económica de costo beneficio y limitada a su vez por la identidad social que se desea sostener frente al resto de los internos. Con esto queremos decir que puede ser beneficioso llevarse bien con al menos alguno de los guardias a cargo, pero esa relación debe ser controlada para no transgredir el código tácito entre los internos. Por ejemplo, el hecho de conversar con el personal puede despertar las sospechas y el miedo de otros presos de que sean delatadas sus actividades ilegales.

“Lo único que le tenias que decir a los cobani es- hola como anda,... hola y chau. Pero allá ojo, no le podes dar mucha cabida a los cobani porque los guachos empiezan a decir –este que habla con un cobani que por ahí le dice esto

⁶⁷ Ver anexo entrevista 3

⁶⁸ Ver anexo, entrevista 4

o aquello.... Tienen miedo que los mandes en cana y corte que esos giles salen todos lastimados, corte que sos buchón , y buchón te vas a querer matar también”.⁶⁹

Podemos decir que subyace una concepción negativa para definir el nuevo orden del tiempo y el espacio: el interno sabe lo que no puede hacer, sea porque no está permitido por el reglamento del establecimiento o por que traiciona los códigos de relación entre los mismos presos, y es en base a ello que manejará la cara visible de sus actividades. Es decir que la opción que tiene para desarrollar una cultura puertas adentro esta basada en la “eliminación de ciertas oportunidades de comportamiento”⁷⁰

Nos queda por describir una última etapa que denominamos período previo a la libertad. Por libertad consideraremos tanto la libertad real obtenida por el cumplimiento total de la condena como a la obtenida de manera condicional respondiendo al régimen de progresividad de la pena. Esta última, en realidad no exime al sujeto de su deuda con el Estado y la sociedad, su cuerpo y acciones están sometidos aún al control indirecto del sistema. El individuo vive y disfruta su libertad de transitar pero su comportamiento no es totalmente deliberado sino que continúa enmarcado en el temor a la sanción.

“(...)si no te presentás te puede saltar captura (...) rebeldía, onda que donde te enganche la policía te pide el documento –no éste tiene captura- y de nuevo adentro. Le pagás lo que te faltó”

Esta tercera etapa puede comenzar hasta un mes antes de la fecha de libertad acordada en el juicio,⁷¹ y se caracteriza porque marca una diferencia en la relación que el interno tiene con el tiempo. Subjetivamente seguirá siendo percibido como eterno, pero ya no por la rutina y el aburrimiento que ésta supone, sino por la ansiedad y la incertidumbre sobre lo que resolverá el juzgado a cargo de la causa en base a los informes sobre su comportamiento en prisión.

En esos momentos el interno interesado en obtener su libertad y motivado por un objetivo cada vez más tangible deberá ser muy cuidadoso respecto de su comportamiento, más aún si consideramos que esa situación no depende enteramente de su decisión individual, porque la misma proximidad de su libertad lo convierte en

⁶⁹ Ver anexo entrevista 1

⁷⁰ Ob. cit. Goffman Internados

⁷¹ Ver Art. 13 del Código Penal de la República Argentina .

alguien mucho más vulnerable, un blanco de fácil ataque para otros prisioneros ya que en general se abstendrá de responder por miedo a que una sanción le prive el beneficio.

“(...)A veces algunos internos aprovechan esas situaciones total saben que no vas a reaccionar porque ya falta poco libertad condicional”

La libertad, el sentido de tanto tiempo de encierro,⁷² es próxima pero su concreción es aún dudosa, por esa razón el interno se activa y moviliza todos los medios a su alcance para acelerar la resolución de su causa

Durante este tiempo el interno será impulsado por un fuerte deseo de quedar finalmente libre que se enfrentará eventualmente con el dolor de dejar los afectos de un grupo que lo contuvo y lo ayudo a sobrevivir su condena:

“(...)-agarrá tus cosas y andate- (...) se me cayeron las lágrimas, se me cayeron las lágrimas y me dolía. (...)Se que a muchos amigos (...), no los voy a ver por mucho tiempo. Hay muchos que no los voy a ver por el 2017,(...) a otros no los voy a ver hasta el 2030(...) Es su cumplimiento”.⁷³

Nunca la otra mejilla

Mencionamos más arriba, en la descripción del período de ingreso a un penal, las consecuencias de un primer encuentro entre los residentes habituales y los recién ingresados. Sabemos que una actitud de pelea puede hacer que el novato merezca el respeto de los otros que, sin embargo, no será instantáneo sino que le costará varias situaciones desafiantes que harán necesaria una actitud de alerta constante. Por otro lado, la pasividad o la muestra expresa de debilidad puede resolver en el acto la posición que le será atribuida a ese interno.

Encontrarse con un débil va a satisfacer en algunos casos la necesidad de ejercer poder y dominio del territorio. Es posible también que con esa asignación de roles algunos internos busquen reproducir las condiciones que caracterizaban su mundo externo. Por ejemplo, si pensamos en una sociedad de tipo machista con una división de tareas en base al género, al menos hacia adentro del hogar, se pueden comparar la

⁷² Veremos a lo largo del análisis de los datos recogidos para el presente trabajo como la mayoría de las acciones que un individuo realiza en prisión tienen sentido por relación a la posibilidad de quedar libres. Goffman afirma al respecto que mediante esa consideración de la acción se crea una tensión entre el mundo interno y el externo que servirá a la disciplina y el manejo de los hombres. Internados Pág. 26.

⁷³ Ver Anexo Entrevista 3

labores asignadas a los débiles o “gatos” con las que son atribuidas a una mujer madre de familia. Gato es el “*que lava los boles, que lava la ropa (...)limpia la mesa donde uno come*”.

Hay muchos casos de internos que, a falta de la visita femenina y por la necesidad de satisfacción del deseo, extienden esa división de roles a las relaciones sexuales generando encuentros de tipo homosexual se cuente o no con el consentimiento de ambas partes:

“si es débil, olvídense de vivir como un hombre. Como le decíamos nosotros mulo, o gato... y mujer dentro del pabellón.”⁷⁴

Por su parte, quien decide defenderse usando los medios a su alcance para oponer resistencia no estará sino involucrándose en el proceso de ser respetado. El respeto, que va a ser el valor fundamental de intercambio entre los presos que se definen como dominantes se consigue y se mantiene mediante el uso de la fuerza:

“El respeto, mucho respeto había. Pero siempre por H o por B, algún problemita salía al luz...”⁷⁵

Quizás, el mayor motivo por el cual se desatan peleas entre internos sea el consumo de drogas, al punto que probablemente algunos de ellos se abstengan de socializar a ese nivel para evitar problemas, pero pueden incluirse muchos otros muy variados, desde una vieja novia o algún problema en la calle, el teléfono, la visita, un trabajo, un cambio de pabellón, una prenda, la comida, un insulto o una broma. El hecho de que cualquier incidente justifique la agresión entre presos, que en general involucra diversas formas de violencia física, puede relacionarse con la necesidad de descargar la tensión que engendran las distintas formas de reprimir al sujeto inherentes al aparato penitenciario. Es muy probable que un individuo encerrado con conocimiento de ser controlado, bien o mal, pero de manera constante, necesariamente obediente (por temor o conveniencia), sujeto a humillaciones y mortificaciones permanentes, limitado en sus posibilidades se sostener relaciones sexuales y autocensurándose en sus oportunidades de autodeterminarse, encuentre en las peleas con sus pares una veta para valorarse y reafirmar su identidad.

Ahora bien, aún siendo las peleas algo cotidiano, ese estado de guerra se mantendrá latente gran parte del tiempo. Reinará la tranquilidad sustentada en la amenaza que encuentra en un discurso intimidante la herramienta para sostener la lealtad frente al orden establecido:

⁷⁴ Ver anexo entrevista 4

⁷⁵ ver anexo entrevista 2

"(...)vos los escuchás a los guachos hablar, y te hablan, bien piola te hablan. La tienen re clara. La corren con la parla no necesitan tener algo para que te lastimen, ya con la parla ya le tenés miedo....".⁷⁶

Esa "tranquilidad" se asienta en la formación de grupos dominantes y dominados al mismo tiempo que los hace posibles. Cada interno tiene como referencia su "rancho" que de acuerdo a la cantidad y características de los miembros ocupa determinado lugar en las relaciones de poder:

"(...) si estamos en el rancho dominante no nos vamos a hacer tanto problema. El rancho que nosotros estábamos todo el pabellón era de nosotros.(...) llegamos a ser once en el rancho, en una mesa de seis, y los otros 19 eran para nosotros si queríamos(...)".⁷⁷

Pero los grupos no se conforman sólo por el interés de dominar. Los individuos dentro de la prisión tienden a crear lazos de afecto y confianza formando una alianza que actúa como un medio de contención y da el espacio y la gente en torno a la cual se elabora la rutina, que en general se basa en conversaciones repetidas, juegos de azar y algunos deportes, una suma de "actividades de distracción" que permitan ir matando el tiempo.

El grupo también posibilita afrontar las carencias compartiendo y explotando al máximo los recursos para mantenerse. La alimentación, desde siempre un motivo de queja dentro de las cárceles argentinas, proporciona un buen ejemplo de ello:

"(...)Si tiene visita (...)Si tiene bagayo come, sobrevive. Si no tiene nada tenés que ir a comer a la tumba que decimos, que es comida de penal".⁷⁸*

"Huesos pelados con un poco de fideos pasados (...) era incomible, un asco.

Te bancas con la visita, con lo poco que te trae la visita y la otra visita, todo se junta en el mismo rancho y se comparte todo"⁷⁹

⁷⁶ Ver anexo entrevista 1. Es notable en el discurso de Matías de 19 años, la admiración por esta habilidad de los presos mas viejos, aun siendo él la víctima de esa práctica.

⁷⁷ Ver anexo entrevista 3

* "Bagayo" refiere al paquete que depositan sus visitas el mismo día en que acuden a l penal o en una fecha especial para ello. Otros le llaman "morochas" en referencia a las bolsas de consorcio negras.

⁷⁸ Ver Anexo entrevista 4. Este entrevistado que había trabajado en División Trabajo en Devoto y el la cocina central relataba en detalle la situación: "(...)Algunas personas del gobiernos dicen, por preso 3400 pesos gastan por mes. En Devoto cuando yo estaba había 3217 internos (...)para esas 3000 persona, 2 bolsas de papa por día, 2 ó 3 zanahorias, 2 ó 3 cebollas, un poquito de orégano, un puñado de sal gruesa y un cucharón de tomate extracto y hueso cortado, picado, pedazo hierve con un poquito de fideos"

⁷⁹ Ver anexo entrevista 3

Goffman define las malas condiciones de alimentación en las instituciones totales como un tipo de mortificación por la “contaminación física” que algunos tendrán posibilidades de resistir y otros no.

Retomando con la distribución de roles y del lugar que va a ocupar cada uno dentro del mundo de los internos debemos mencionar otras dos variables importantes: el desempeño en la actividad delictiva y el tipo de causa por la que se ingresa. Ambas influyen en las relaciones que se dan intramuros en tanto convierten al sujeto en alguien *desacreditable* en términos de Goffman.⁸⁰

El mundo criminal en Buenos Aires es, en algunos sentidos, relativamente pequeño. Quien permanece en él será conocido por sus colegas en varios aspectos que exceden lo superficial. La cárcel es un elemento central en ese intercambio de relaciones porque conecta a quienes realizan la misma actividad, y porque la combinación de ese público que reúne y el tiempo ocioso que en general brinda la condena permite un camino de profesionalización por el intercambio de experiencias, camino que comienza en muchos casos en el correccional de menores:

“(...)una persona empieza a no hacer nada, siempre está encerrado adentro del pabellón, y qué se habla: cómo se robó, - yo fui a robar así, así y así, otros comentan su modo de trabajar toda la cosa, entonces una persona qué hace, lo escucha y lo perfecciona. O sea, para ellos están perfeccionando, si hubiera cada uno perfeccionando no estaría en cana. Pero así sale más empeorado (...) y por eso hacen dos tres días y ya están vuelta otra vez”.⁸¹

El desempeño en la actividad delictiva refiere concretamente, si hablamos de robo por ejemplo, a la víctima y el monto involucrados: no es lo mismo tener como objetivo un empresario adinerado que un kiosco o la cartera de un jubilado. Quien se dedica en la calle a sumas pequeñas de dinero será catalogado como falto de valor y por lo tanto carente de ciertos derechos en la vida de encierro.

“(...)si ven que afuera anduvo mal,...)que andás corte, robando carteras, robando kiosquitos, andas con la ropa justa...(...)Si andas bien afuera adentro vas a andar bien (...)”

En cuanto a las causas, hay tres cosas que uno no desearía ser al momento de ingresar a prisión: violador, homicida /infanticida o narcotraficante. Los dos primeros casos son

⁸⁰ Goffman, E: Estigma. El deterioro de la identidad. Ed Amorrortu. Buenos Aires

⁸¹ Anexo entrevista 4

tan condenables dentro del ámbito de la delincuencia como lo son en el resto del cuerpo social, y la cárcel será el espacio que posibilite a los presos un tipo de justicia propia.

Con el narcotraficante será una relación de intercambio de intereses más cercana a la extorsión que a un negocio propiamente dicho. Este personaje seguirá en contacto con dos elementos altamente valorados, dinero y drogas, que deberá entregar a cambio de seguridad:

“También sobrevivimos de los giles. Porque lo chorros viven de los narcos también adentro, como los narcos viven de lo chorros afuera(...)Tienen que pagar la “prote”, la protección para que nadie los moleste ni nadie le haga nada. Tienen que traer su droga, su droga no, nuestra droga, plata si le hace falta a tu familia, tarjeta de teléfono...”.

Si bien en los distintos casos mencionados (mal desempeño en la actividad delictiva, violación, homicidio y narcotráfico) los riesgos son diferentes, y ciertamente el que corren quienes estén en alguna de las tres ultimas categorías es mucho mayor, se los puede tomar analíticamente bajo un mismo concepto. Todo serán personajes *desacreditables* en tanto poseen un estigma que no es conocido por las personas que lo rodean y que, como en estos ejemplos, no involucra un signo o una marca que lo haga fácilmente perceptible.⁸²

Esta situación de descrédito lleva necesariamente a estas personas a involucrarse en estrategias de encubrimiento, entendido este como el ocultamiento de su “*mal estigmatizante*”.⁸³ Este proceso va a girar en torno a la capacidad de controlar la información sobre sí mismo que pueda revelar su verdadera identidad.

La religión suele ser un elemento al cual se recurre cuando se percibe en riesgo la integridad personal. Un violador por ejemplo puede mostrarse repentinamente devoto y apelar a esa condición para obtener un cambio de pabellón:

“Yo he visto que muchos se vuelcan <a la religión> para que los cambien de pabellón porque tienen mucho miedo con el pabellón que están. Eso lo hacen mayormente los que están refugiados, ponele los que están por violación, por homicidio, porque esa gente no tiene derecho a nada ahí adentro”.

⁸² Ob. Cit Estigma.

⁸³ Ídem, Págs. 91-110.

Sin embargo, a pesar de las distintas estrategias para mantenerse oculto, el control de la información es algo difícil de lograr en un ámbito cerrado en el cual se comparten en general todas las actividades con las misma gente. Por otro lado, el escrutinio de presos sobre presos es inevitable y hasta la mejor coartada despierta el sexto sentido de observación de los más experimentados:

“(...) nosotros los sacamos a los que son giles (...) Por la mirada, por la forma de ser, por como hablan, por cómo se desenvuelven...”

La justicia carcelaria está, a grandes rasgos, asentada en el principio del “ojo por ojo”. El hecho cometido ahora descubierto torna a la persona en alguien desacreditado privado automáticamente de cualquier derecho dentro del penal y lo deja frente a una “revancha”.. Como en el Antiguo Régimen, se aplica una suerte de venganza por medio de un castigo que involucra al menos alguna característica del delito:

“Yo he visto revanchar a un violador (...) Yo lo he visto. Me dio pena, pero él no sintió pena por esa mujer tampoco, o por una criatura...”.

Describimos hasta aquí la vida del interno en prisión en tanto se incorpora a una masa humana organizada bajo ciertas normas tácitas por las cuales se van definiendo roles y derechos de cada uno dentro del establecimiento, en base a ellas el individuo adapta su comportamiento y presenta una identidad social esperada en su nuevo ámbito. Hay, sin embargo, dos elementos frente a los cuales el interno decidirá de manera individual y en base a su identidad personal: la posición que irá a tener frente al trabajo y la educación por un lado, y la relación con su familia por otro.

Si bien en torno a ciertas labores específicas se desatan peleas y juega esta “distribución de derechos”, el hecho de trabajar e incluir en el informe los beneficios que ello supone va a depender en última instancia de la decisión de cada uno.

Sumar quintines”

Los puestos de trabajo en la prisión son legalmente considerados como una instancia de capacitación para que el interno egrese con la posibilidad de ejercer un oficio, deberían, por lo tanto, estar realmente disponibles para quien lo desee. Sin embargo, en la realidad de las prisiones los puestos con tales características son escasos, los talleres y trabajos que puedan tener utilidad en el exterior a veces son privativos de las

colonias penitenciarias y los que involucran una mayor complejidad son sólo accesibles para quien ingresa capacitado.

En la visión de los presos el trabajo y la educación cobran importancia por otros motivos. No son valorados como instancias de aprendizaje y rehabilitación sino como un camino seguro a la buena conducta; quienes se concentran en salir cuanto antes del establecimiento optan en cierto punto de la condena por recurrir al trabajo como un medio para asegurar el beneficio de la libertad condicional:

“Estaba en huerta yo, y de fajinero que es un trabajo más (...) para mejorar mi conducta. Por una parte me interesaba, pero por otra parte era para sumar, corte quintines, para sumar puntos”⁸⁴.

“ yo estaba sancionado dos veces, y estaba con 1-1 de conducta y es malo, para el beneficio que yo necesitaba tenia que tener 5-5, lo máximo, o más y es mejor...Y yo estaba con 1-1 y necesitaba hacer algo”.

“Al principio no <trabajaba> viste , pero, si no haces nada no te sirve porque eso va todo al informe tuyo. Cuando querés pedir el beneficio de libertad o algo, capaz que te dicen –no, si nunca hiciste nada. Estuviste todo el día acostado o hablando por teléfono- porque se fijan todo”.⁸⁵

Sumado a ello, existen tareas que le permiten al interno experimentar una sensación de libertad y autonomía dentro del establecimiento. Es así que las labores más deseables no requieren mayor esfuerzo intelectual, por el contrario, son tareas poco calificadas, como las de fajina,⁸⁶ pero que permiten al interno desplazarse libremente por los pasillos y le dan la excusa para moverse afuera de los pabellones o simplemente llegar hasta las puertas.

“salíamos a limpiar los pasillos viste, de los pabellones, que era lo mejor que había porque llegás hasta la puerta, y todos quería eso y bueno salíamos limpiar los pasillos.

⁸⁴ Anexo entrevista 1

⁸⁵ Anexo entrevista 2

⁸⁶ El “fajinero” se encarga de los cubiertos y bandejas y de mantener limpio el pabellón

Si bien la mayoría de los internos elige no trabajar,⁸⁷ la escasez de puestos valorados por los prisioneros se convierte en un motivo más de agresión que pone en desventaja a los dominados o débiles. El hecho de que el interno trabaje es registrado por el servicio pero la obtención del puesto suele resolverse en una pelea, o la simple amenaza, entre los presos.

“ (...) me lo tenía que ganar, se lo tenía que sacar a otro.(...) Y bueno, pasame la fajina o te saco a puñaladas para afuera, es así...”⁸⁸

Ni el trabajo ni la educación llegan a ser evaluados por el interno con el sentido y la intención de las teorías disciplinarias que adoptaron las leyes y los códigos como fundamento. Son sólo tareas que integran el “*juego astuto*” que implica vivir en prisión, pero no será percibidas como redituables para la vida afuera.

Las cárceles reclutan sus miembros de una esfera en la que el trabajo no en si algo valorado, al menos no por quienes se dedican al robo como actividad delictiva principal. Por otro lado, dicha actividad le ha posibilitado al individuo un nivel de vida y un acceso a bienes que ningún oficio que aprenda en prisión puede sugerir. La educación por su parte, si bien es muy importante al interior como cara de una identidad falsa ya que demuestra la voluntad de aprender del sujeto, se presenta en realidad como un camino largo y sacrificado particularmente para quien se acostumbró a participar del mundo mediante los riesgos del dinero fácil.

Un mundo afuera

Como dijimos, otras relaciones que el interno puede manejar de manera estrictamente personal serán las que mantenga con su familiares.

Sabemos que la primer gran mortificación que involucra la privación de libertad es la separación violenta del individuo y el mundo externo. El asilamiento impacta negativamente sobre el vínculo familiar pero, a pesar de ello, la familia permanecerá como la razón más importante para obtener la libertad y será el elemento que evitará que el preso se sienta totalmente olvidado.

El debilitamiento de los lazos con las personas en el exterior está influido por los condicionamientos del servicio justificados por razones de seguridad en el

⁸⁷ Según datos 2003 de los establecimientos de Buenos Aires, de un total de 13966 internos el 72 por ciento no tiene trabajo remunerado y el 86 por ciento nunca participó de programas de capacitación laboral. Datos publicados por el Ministerio de justicia de la Nación www.policrim.jus.gov.ar.

⁸⁸ anexo entrevista 3n

establecimiento, la decisión del interno basadas en la vergüenza y el sentimiento de culpa, y por la decisión de los otros participantes de la relación.

Pocas personas en el exterior quedaran dentro del círculo íntimo del interno con quienes podrá sostener un contacto asiduo únicamente a través de los medios que el reglamento pone al alcance que son: la correspondencia, el teléfono y dos visitas semanales de dos horas o dos horas y media cada una. Los dos últimos son los más utilizados: la comunicación telefónica permitirá en muchos casos el contacto diario tornándose en un elemento clave para la relación con el exterior y, por lo tanto, en una fuente de peleas y discusiones entre los internos:

"(...)el único cable a tierra que tenés con tu familia (...) es el teléfono y por el teléfono se arma mucho embrollo. Te agarran a trompadas a puñaladas, algunos quedan instalados ahí en el teléfono, si allá marcharon..."

Por otra parte, el hecho de que amigos y parientes acudan al penal va a evitar que la persona reclusa pierda el registro total de los cambios en el aspecto físico y emocional de sus seres queridos, aunque no podrá salvar la distancia que se produce en algunas relaciones y que va a repercutir al egreso al punto que recuperarlas se convierta en un proyecto en sí mismo:

"Estar con mi familia, con mi nena. Disfrutar a mi nena, por todo el tiempo perdido, tratar de ganar su cariño, porque no..., me esquivo algunas veces."

La instancia de la visita será para el familiar o amigo envuelto en ella una travesía desagradable que, sumada a la situación misma de estar preso y a las pobres condiciones, en términos de infraestructura y comodidad que brinda el servicio, provocará en algunos internos un sentimiento de culpa y vergüenza que los guíe a limitar o eliminar algunas visitas. Esta situación no es privativa de las prisiones, *"ni los presos, ni los enfermos mentales pueden evitar que sus visitantes los vean en circunstancias humillantes"*⁸⁹

"(...) a veces es un verdugueo para la visita porque la visita tiene que estar muchas horas afuera, (...) una visita normal tiene que venir a las seis de la mañana para estar al toque ¿no? hasta las doce y media que empieza la visita o a la una, hasta las dos, tres de la tarde"

⁸⁹ ObCit. Goffman, Internados.

“Y duele ver a tu hija que te va a ver a vos ahí, haciéndola pasar por todas cosas: que le saquen el pañal que la revisan, que... es feo. A uno le duele”.

“(...) te revisan el bagayo que te lleva tu familia. Hubo un tiempo que a las mujeres, le hacían sacar toda la ropa la hacían abrir de piernas, la mujer de la requisita capaz que se pone guantes, las manosean para ver si tienen algo. Es feo, la familia pasa por muchas cosas por culpa de nosotros”.

Este trato que el servicio le da a los visitantes puede entenderse como una extensión del trato que da al condenado. Con los requerimientos de seguridad como excusa se criminaliza a la visita: quien ingresa es antes que nada un ser sospecho de transportar sustancias o elementos no permitidos, y es por ello sometido a una inspección ultrajante de sus bienes y su persona quedando librado a repetidas faltas de respeto. No es casual entonces que el tratamiento adecuado de las vistas entre como algo prioritario en la lista de los reclamos colectivos.⁹⁰

El interno también buscará mantener un contacto con el exterior que vaya más allá de su círculo familiar recurriendo a revistas, diarios y televisión. Estos medios le proveerán un contacto indirecto con la realidad al mismo tiempo que una forma de distracción y empleo del tiempo. Este tipo de registro de la realidad no evitará que se sienta “parado en el tiempo”, y recrudezca en muchos casos la sensación de impotencia a raíz de que empatiza con sufrimientos ajenos. Uno de los entrevistados no proporciona un ejemplo de ello a raíz de la inundación en la Provincia de Santa Fe:

“(...) el tiempo ese que hubo la inundación en Santa Fe,... a nosotros nos interesa, porque nosotros sufrimos (...) La gente que está adentro sufrió mucho. Y ves a las criaturas llorando, no es joda, a los abuelos. Es algo que a uno le da impotencia”

Cabe aclarar que, si bien a través de estos objetos (revistas, diarios y la televisión) el interno encuentra una actividad que puede disfrutar solo, no podrá en general elegir el momento deliberadamente ya que dichos elementos están en la instituciones totales sujetos a la propiedad colectiva.

⁹⁰ El maltrato a la visita fue una de las causas que trascendió como motivo de origen del último motín en la cárcel de San Martín en Córdoba Capital.

Restos de “panoptismo”

Según la definen los internos, la labor de los guardias se caracteriza por cierta pasividad y ahorro de trabajo. Sumergidos en un cuarto vidriado que deja ver todos los pabellones se limitan la mayor parte del tiempo a ejercer esa mirada constante.

La relaciones entre el personal y los internos pueden separarse entre las que se dan dentro de las normas y la jerarquía reglamentaria, y las que son ilegales.

Si consideramos sólo las acciones oficiales, el guardia podría ser registrado como el individuo que controla y cuida: vigila, requisa la celda, recuenta, traslada y ejecuta la sanción. Pero resulta imposible que esa imagen este exenta de los distintos abusos (grandes o pequeños) que envuelve su actividad frente los cuales el interno no puede defenderse sin ponerse en una situación de looping, es decir, sin ponerse en riesgo de ser sancionado, inmediatamente o no, por esa actitud.

“La ultima vez ,(...) fui sancionado por un tallador. Fue una excusa, (...) como me tenían pica la policía.(...) Yo había mostrado que estaba haciendo un cuadrado para hacer un regalo. No me creyeron (...)Pero era otro el motivo, Porque había discutido con la policía porque se habían llevado sancionado a un pibito que estaba conviviendo conmigo...”⁹¹

Se genera entonces, cierto desprecio hacia el personal de seguridad (con excepciones concretas) en base a una variedad de injusticias y maltratos deliberados.

Hay internos que en algunas situaciones, generalmente las que involucran una orden innecesaria, una mala contestación o faltas de respeto a la visita, optan por reaccionar frente a esos malos tratos injustificados ya que, aún sabiendo que puede ser castigados por ello, tiene dos razones importantes para hacerlo: por un lado mantener su imagen mostrando a otros presos que tiene el valor de defenderse ante ciertos abusos y, por otro lado, en esa reacción frente a la autoridad el interno encuentra un espacio de autodeterminación necesaria para valorarse a sí mismo:

“(...)mayormente las peleas eran con ellos (los guardias). Porque si no te le parás de mano a ellos te quebrás.(...) Contra alguna injusticia, alguna contestación mala o que te digan –vos guacho , gil-, tenés que poner los puntos porque después no tenés derecho a pararte de mano con nadie...”

⁹¹ Ver anexo. Entrevista 2

Una sumatoria de este tipo de hechos frente a los cuales el interno puede reaccionar tomándolos separadamente como una agresión personal, puede derivar en una protesta colectiva expresada en formas conocidas, como pueden ser el amotinamiento con quema de colchones y distintos objetos del penal, huelgas de hambre o algunas más violentas con secuestro del personal o funcionarios. Se produce una saturación en la capacidad de tolerar de los internos que deciden buscar el efecto mediante una acción colectiva:

“(...)Supuestamente ellos <el servicio penitenciario> están para cuidarnos, pero hacen funciones que son siempre al revés, nosotros cualquier cosa, aprietan directamente, física. Y nosotros, bueno, aguantando, aguantando, y después un día no se aguanta más eso.(...) Después nosotros hacemos quilombo sobre ese sistema, entonces después los medios, toda la película de malos somos nosotros, pero la iniciativa te la dan ellos(...)”

Goffman explica las situaciones de indisciplina colectiva por la solidaridad entre internos ya que la participación de todos elimina la posibilidad de un culpable dejando fuera el sistema de castigo- recompensa útil frente a las infracciones individuales. En nuestro caso, notamos que la solidaridad entre internos puede aparecer en estos acontecimientos pero no como un factor explicativo predominante. A la hora de encarar un motín y sostenerlo en el tiempo juega básicamente el código informal que, como vimos más arriba, se basa en la amenaza de la fuerza o la utilización expresa de la misma. Habrá sin embargo un margen de tolerancia frente a casos particulares, pero en general muchos de los internos se ven simplemente obligados a participar⁹² de este tipo de acciones colectivas. Este relato de uno de los informante nos da una imagen clara de la situación en durante una huelga de hambre:

“Lo agarran a puñaladas, lo agarran a puñaladas, es corta. Los únicos que pueden tener un poquito más así, de tolerancia, son los enfermos de HIV, porque saben que si no comen se mueren porque les bajan las defensas.(...) Una vez estaban no se donde fritando milanesas, y ya (...) creo que llevábamos quince días sin comer y no sabes, parecía que las estaban fritando ahí a las milanesas, y uno fue a tocar..no sabes como cobró!”

⁹² La solidaridad actúa en estos casos de manera inversa a la propuesta en la explicación de Goffman. El interno dominante se solidariza con otros (como pueden ser los enfermos de HIV) dándoles la posibilidad de no participar.

En algunas oportunidades también se darán situaciones en que el interno ni siquiera tendrá la posibilidad de tomar posición; un ejemplo de ello puede ser la pasividad de los guardias en presencia de peleas dentro de los pabellones. A veces el personal que presencia situaciones de agresión entre internos elige ignorarlas trasladando su responsabilidad sobre la salud de los presos involucrados y sobre el registro del hecho al turno siguiente.⁹³

*"(...)los guardias no hacen nada, te pueden agarrar a puñaladas que ellos con tal de no escribir te dejan que te agarre la otra guardia. No les importa la vida de los presos (...) lo único que le importa es poder rastrear algo, encima que estás en cana te manguenan"*⁹⁴

*"Además los cobani están pendiente de todo, pero ojo hay alguno que son re ratas y dejan que hagan maldades, todo , no le importa nada – vos te los buscaste, aguántatelas".*⁹⁵

Otras escenas de abuso por parte del personal suelen darse en complicidad con algunos internos a los que se denominan "buchones" en la jerga penitenciaria. Un caso concreto pude ser el de la apropiación de pertenencias u objetos de valor que el interno tiene en su celda, quizás a raíz de que éste último se negó a realizar un intercambio de ese objeto por algún privilegio o alguna sustancia no permitida:

*"Al cobani le gustaron tus zapatillas (...), qué querés te pregunta -¿una botella de alcohol? Traeme esas zapatillas, o la camiseta de fútbol, o un reloj, un buzo, un pantalón (...) La yuta, como es todo automático, cuando vos estabas durmiendo le abría la puerta a los otros y los otros te caían (eso salió en la tele todo, "la banda de la chocolatada"), te agarraban a puñaladas por un par de zapatillas, lastimaban a los pibes. Algunos pibes que no aguantaban la presión que había(...), se prendían fuego. Hay pibes que se hay quemado hasta el 80 por ciento del cuerpo..."*⁹⁶

⁹³ Un ejemplo de esa situación puede verse en el film documental Imágenes de Prisión de Harum Faroki. El director realiza su trabajo en prisiones americanas máxima seguridad y registra con su cámara, desde una vista aérea al patio de los condenados a cadena perpetua y pena capital, como se desatan peleas entre los internos (que en general concluyen con la muerte de algunos de ellos) y la inacción de los guardias responsables al respecto, sosteniendo con ello una especie de proceso de "autoeliminación" de la categoría.

⁹⁴ Ver anexo entrevista 3

⁹⁵ Ver anexo entrevista 1

⁹⁶ ver anexo. Entrevista 3

Esta apropiación ilegítima de objetos, como también las presiones para realizar intercambios revive en el interno el sentimiento de despojo que marcó el ingreso a la prisión y que permanecía latente desde entonces. Estas acciones pueden considerarse como una forma de mortificación importante si tenemos en cuenta que *“las personas extienden su sentimiento del yo a las cosas que les pertenecen”*⁹⁷

Sin embargo no todas las relaciones entre el personal y los internos se dan en un clima de hostilidad, al menos no manifiesta. Por el contrario el interno interesado en obtener ciertos beneficios procura un trato amable y respetuoso.

El buen trato al personal está dentro de las estrategias orientadas en parte a acercar lo más posible la fecha de libertad por lo que su expresión dependerá también del tiempo ya transcurrido de la condena. Por ejemplo, es probable que una pena de ocho años de prisión se caracterice por dos años de rebeldía y mala conducta seguidos por un cambio repentino hacia la voluntad de trabajar, el deseo de educarse y mantener buen comportamiento.

Cabe aclarar que el delincuente por el sólo hecho de serlo no se niega a encontrar en un guardia un ser humano como cualquier otro, quizás porque más allá de los malos tratos cotidianos, el interno sabe que no es el personal del establecimiento el responsable de su situación “injusta” sino el gobierno o quizás los jueces.

Aún así, en el ambiente carcelario detrás del buen trato entre estos dos grupos prevalece la conveniencia y el fin último de obtener un beneficio, como también eliminar el rencor y el resentimiento para situaciones futuras:

*“te tenés que saber manejar con la policía (...) tratarlo bien. Más allá del preso y el chanta del servicio penitenciario, de persona a persona porque algunos celadores más allá de que sean policías se podía tener una conversación. Hablar de la calle y ganarse la confianza, porque capaz que si no te ganas la confianza no te dan nada. Capaz que si necesitas algo y tenés la confianza del celador, te lo puede llevar el del bolso que trae un aspirina algo, pero si no, no te sacan a enfermería nada”*⁹⁸

⁹⁷ Ob. Cit. Goffman Internados. Pág.31.

⁹⁸ Anexo entrevista 2

Líneas de Fuga

Hemos visto hasta aquí como todas las actividades del interno están, en lo posible, orientadas a conseguir “un poco más de libertad”. Sus estrategias y su ingenio se manifiestan como formas no violentas, o mejor aún, como experiencias subjetivas de resistencia al encierro.

Ese deseo de libertad se expresará en dos objetivos: por un lado encontrar formas para obtener una sensación de libertad inmediata dentro del penal, y por otro evaluar las acciones como medios para acelerar la fecha de su libertad real. Por ejemplo, sabemos que si bien la ley apela a la educación y al trabajo como herramientas resocializadoras, para el interno, aún comprendiendo este objetivo formal, esas actividades solamente actúan en ese sentido como parte de una identidad falsa que recrea frente a quienes acreditarán su recuperación mostrándoles su intención de salir adelante⁹⁹

“La conducta te la tenés que ganar vos, tenés que estudiar... El estudio es más importante que trabajar adentro, porque uno demuestra que se quiere reinserter a la sociedad, porque querés saber, querés estudiar, querés aprender.”

“(...)si no estabas haciendo nada, te decían -asistentes sociales y criminólogos –tenés que hacer algo porque capaz que te puede llegar a perjudicar para los informes. Porque un mes antes le juzgado te pide un informe de la libertad, un informe tuyo para ver si progresaste,(...) para ver si estás capacitado de vuelta para volver a la sociedad, y eso depende mucho de lo que haces ahí adentro”

El interno sabe que no existe tras esas tareas su posibilidad de reinserción, entiende que sólo le permiten de manera segura y objetiva establecer una mejora en su conducta como algo que influye positivamente sobre su fecha de libertad condicional, como también en traslados de unidad o cambios a pabellones que estén en mejores condiciones. Además realiza esas actividades porque gracias a ellas podrá evadirse,

⁹⁹ Para el guardia que percibe esas actitudes y está encargado de registrar los cambios en el comportamiento será todo mucho más mecánico. Si ve que un interno trabaja o estudia debe trasladarlo en números al informe sobre la conducta de ese preso. Su tarea es realizar la suma de puntos de acuerdo a lo que ve, aunque probablemente no esté convencido de un cambio real en la actitud del interno.

experimentar, al menos por momentos, autonomía y libertad aliviando la desesperación que le provocan las limitaciones del medio en que vive.¹⁰⁰

En este aspecto el concepto de libertad inmediata nos lleva a un tema mayor dentro de las problemáticas de las prisiones argentinas en general: el consumo de drogas.

Cualquier sustancia que pueda alterar el estado de conciencia es altamente valorada como un recurso que permite la evasión sin mayores esfuerzos. El consumo entra naturalmente en la rutina del interno y algunas veces es imprescindible para actuar sobre un tiempo que parece inmóvil

Las drogas ingresan a los establecimientos de dos maneras: una de ellas es por medio de la visita (fundamentalmente las mujeres en la vagina), y la otra por los mismos guardias.¹⁰¹

“La visita” o “las mujeres” fue la respuesta espontánea de nuestros informantes. Este método, aunque implica un gran riesgo para quien la transporta, es efectivo ya que si bien permite ingresar pocas cantidades lo hace de manera regular. Esa regularidad contribuye a la criminalización de los familiares que mencionamos anteriormente.

El intercambio con los guardias lo realizan algunos presos que se denominan “transa” que están dispuestos (u obligados) a involucrarse con el personal a ese nivel. Estas transacciones involucran mayores cantidades de sustancias y se realizan contra el pago en efectivo o como intercambio por bienes personales del interno (distintas prendas o zapatillas):

“(...)yo estaba en Devoto y por 50 pesos te trae medio kilo de porro la policía, o por una tarjeta (de teléfono) de 5 pesos, ahí en Devoto, te daban una caja de vino, o una botella de alcohol fino.”

El uso de drogas es uno de los ajustes secundarios más utilizados y valorados. Se consume a cualquier hora del día y en general no hay preferencias sobre el contenido, lo que haya y cuanto haya es válido:

“Por suerte yo no fumo ni tomo, entonces me zafe de eso...Pero hay droga: marihuana, cocaína, pastillas, diazepam, roinol, a patadas lo tienes”

¹⁰⁰ En este sentido, como vimos más arriba, son altamente valoradas las labores que le permiten estar al aire libre, como el trabajo en la huerta, o aquellas que requieren que se traslade por el penal.

¹⁰¹ Como sabemos la droga se exige también al preso narcotraficante como forma de pago por la protección que le brindan otros presos, quien deberá recurrir a algunos de estos dos métodos para ingresarla.

Los dueños de estas sustancias dentro del penal serán los presos dominantes que, para evitar sanciones altamente probables por las requisas repentinas, utilizan como depósito las celdas de “sus gatos”. Este último no tiene ningún derecho sobre el contenido y probablemente ni siquiera desee consumirlo pero, su posición hace inevitable ese riesgo

“Un gato(...)tiene los fierros, tiene la droga todo, (...)no la maneja, el la tiene nomás. No se droga capaz, el la tiene, porque es del dueño. “

Cabe aclarar que el interno que elige no consumir es altamente valorado porque, por un lado, mantenerse sano es algo deseable ya que despeja el camino para “rescatarse” (recuperarse socialmente) y por otro, porque achica la demanda sobre una oferta escasa y problemática.

El consumo de drogas en prisión engendra una gran contradicción ya que, al ser un elementopreciado, desata la mayoría de las peleas entre internos. La contradicción está en que las disputas por conseguir un estímulo que los aleje de los cuatro muros puede llevarlos a una sanción disciplinaria que se caracteriza por intensificar las tendencias absorbentes que definen a la institución. Por ejemplo, si un guardia reacciona a una pelea entre internos (que en general se desatan por y para consumir) estos se verán de repente encadenados o esposados, probablemente recibiendo algunos golpes y siendo guiados a una celda pequeña, un “buzón”, en el que experimentarán desde siete días a un mes de aislamiento total.

“(...)después los pibes se juntan, empieza a pintar la droga, (...) se empiezan a drogar y bueno...a veces hay embrollo a veces no, mayormente hay embrollo por la droga...(...) porque todos quieren , quieren tomar pastillas, se quieren fumar un porro o tomar merca y entonces ahí empieza el embrollo, que vos sos un gil, que vos no tenés derecho a nada y que vos tampoco (...)”

Se puede establecer en este punto una pequeña analogía con la decisión que llevó a individuo a cometer el delito: ambas son situaciones en que los costos de la acción son más altos que los beneficios potenciales y, aún con conciencia de ello, no se perciben en ningún caso como factores disuasivos.

No somos ángeles

Cuando el delincuente se encuentra en una situación en que tiene que dar razones de su acto delictivo recurre espontáneamente al “estar bien”. Buscar grandes sumas de dinero en la calle tienen sus motivos (al menos en los expresados verbalmente por los informantes) en la posibilidad de divertirse y acceder a bienes; poder satisfacer ampliamente las necesidades básicas y culturales propias y de su familia.

Estos motivos son perfectamente comparables a los que puede dar cualquier trabajador honesto si se le pregunta por qué trabaja, aún así, fines tan válidos no transforman la percepción que el delincuente tiene sobre su acto, es decir, que el fin justifica los medios pero no los convierte en algo esencialmente bueno para quien los lleva a cabo.

Quien delinque, así como acepta los riesgos que corre, asume su responsabilidad sobre el hecho que comete. Se define, más allá de los condicionamientos externos, como el sujeto racional clasicista: sabe que ha alterado el orden, es responsable y merece por ello un castigo.

“Perdí, perdí. Pero bueno se tiene que pagar. Son las leyes, son las reglas del juego, se gana y se pierde.”

Pero, esa pena que debe cumplir, que en este caso es la privación de libertad por un tiempo determinado, no lo guiará por un camino de arrepentimiento hacia el deseo de querer recuperarse, el tiempo cumplido actuará mejor como una deuda saldada que lo habilita a continuar su carrera.

El único sentimiento de culpa que puede experimentar el interno no se relaciona con su responsabilidad sobre el crimen sino que se asienta en la carga por el sufrimiento que acarrea su familia a causa de su condena. Es probable que ese sentimiento permanezca aún en libertad ya que el estigma de haber estado en prisión va a extenderse a su grupo primario.

Esa marca condenatoria de ser un ex convicto, y sus consecuencias, aparece algún tiempo después del egreso. Los primeros días de libertad serán para algunos ex internos abrumadoramente plenos y para otros algo traumáticos.

En el primer caso aparece la sensación de libertad absoluta , *“es probable que (...) el ex –interno perciba y saboree con deliciosa intensidad las libertades y los placeres del status civil”*¹⁰²

*“(...)sentís, no sé... Será como tirarse de un avión porque te sentís completamente libre... Sentís que el viento, como ahora, te mueve el pelo...”*¹⁰³

En el segundo caso impacta el proceso de desculturación propio de las condenas prolongadas. Los largos períodos en prisión pueden deshabilitar al sujeto para desenvolverse en el medio externo y hacer que se sienta intimidado por este

*“Yo salí el jueves pasado.(...)Cuando llegué a casa no podía salir a ningún lado, tenía miedo (...) no se puede dormir y ya no tiene más apetito, nada”*¹⁰⁴

El temor y la experiencia de libertad absoluta irán siendo reemplazados por una sensación de abandono y condena eterna por parte de la sociedad y por las instituciones destinadas a ayudar en la reinserción.

Los egresados de prisión, lejos del status y el reconocimiento que “disfrutaban” en la cárcel, se encontrarán enfrentando el mundo externo igualados ante la percepción los demás como delincuentes. Pasado un tiempo del egreso irán reconociéndose como personas desacreditables, y en muchos casos desacreditadas, que enfrentan una doble limitación: por un lado la condena de la sociedad y las dificultades que surgen de ello en términos concretos de inserción,(conseguir un trabajo, por ejemplo), y por otro las limitaciones propias de responder a su situación de “condicionales” que, paradójicamente, le exige mantenerse alejado de su mundo anterior¹⁰⁵ y mostrar pruebas concretas de estar participando legalmente en la sociedad.

La obligación de concurrir al Patronato de Liberados, no es para los ex reclusos más que un absurdo que los encoleriza. Pasan por una larga espera para mostrar que cumplen a una entidad que parece definirlos como poseedores de un tiempo inútil. La institución que debe ayudarlos a reinsertarse estando en libertad sólo será un obstáculo más que arrase con la mínima intención de cambio, si existe, o que los confirme como miembros de la categoría “delincuente”:

¹⁰² Ob. Cit.Goffman Internados Pág.80.

¹⁰³ Anexo entrevista 3

¹⁰⁴ Anexo entrevista 4

¹⁰⁵ En una de las entrevistas comprobé el esfuerzo por “resistir” la tentación caer en lo mismo. Hay lugares específicos de la ciudad que se conocen como punto de encuentro entre delincuentes, el sitio en que realice la entrevista era uno de ellos, por lo que el entrevistado me manifestó el temor de que lo vean sus conocidos y sentirse “tentado” de volver a delinquir.

*“Hay un par de mujeres que son buenas, pero hay algunas que son malas (...) Y bueno a ella no le importa, porque no sos nada. Ellos total a fin de mes cobran su sueldo, dicen que te atendieron, que te reinsertaron a la sociedad... Y vos no te reinsertaste una mierda, seguís siempre en el mismo pozo de mierda y te agarran esos bajones depresivos, y te sentís mal y los ves a los demás que progresan, por más que choreen y todo, y (...) vos también querés progresar...(…) Entonces, terminás cayendo de vuelta en los mismo, porque no te ayudan, ni socialmente ni psicológicamente, ni nada. (...)Está bien, nosotros nos mandamos la cagada, pero... ¿para qué están ellos?.”*¹⁰⁶

El trato y las condiciones que el individuo vive en prisión y que, como vemos, se extienden a la vida en el exterior, no dan lugar a remordimientos sino que se convierten para el ex interno en herramientas para victimizarse y finalmente justificarse en la idea de que el sufrimiento que experimentó es mayor al que le correspondía.

En este sentido, como nos recuerda Esther Díaz, Nietzsche refería a la domesticación que puede producir el castigo, concepto muy alejado de la recuperación o la mejora, *“(…) no siempre el infractor fue poco vulnerable al sentimiento de culpa. Éste, más bien, fue bloqueado por la pena.(…) la pregunta del condenado sería:¿cómo podría sentirme culpable, si la justicia hace conmigo cosas peores que la que yo hice, y lo hace en el nombre de la buena conciencia?”*¹⁰⁷

¹⁰⁶ Anexo entrevista 3

¹⁰⁷ Ob. Cit. Esther Díaz. Pág. 96.

Conclusiones



Las Consecuencias de habitar el Encierro

La prisión, siguiendo el análisis de Foucault, emerge de la combinación de dos sueños políticos; por un lado “la comunidad pura”, resultado de las acciones contra la lepra, por otro, “la sociedad disciplinada” consecuencia de las medidas para lidiar contra la peste.¹⁰⁸

Frente a la lepra, la exclusión pura y simple basada en una división única que rechaza lo desechable. La peste, por su parte, impone un caos de variables que obliga a *“separaciones múltiples, a distribuciones individualizantes, a una organización en profundidad de las vigilancias y los controles(...)”*¹⁰⁹

Las instituciones totales que surgen a partir del siglo XIX, mediatizadas por el panóptico como su forma ideal más pura, llevan la esencia de estas dos respuestas políticas: aplican (o intentan hacerlo) a un espacio de exclusión técnicas disciplinarias correctivas. La disciplina permitió pensar un espacio cerrado como un medio para la transformación de individuos que justifica y sostiene la privación de libertad como pena hasta la actualidad.

Pero, el ideal disciplinario que subyace al funcionamiento de las cárceles, ya sea para el aprovechamiento de cuerpos económicamente productivos como para la reeducación que habilite a los egresados a vivir nuevamente en sociedad, nunca pudo llevarse a cabo con el éxito esperado. La idea de preparar la reinserción de un individuo mediante el aislamiento, de ensayar su inclusión mediante la exclusión expresa es, desde siempre, un absurdo irrealizable del que no están exentas las herramientas jurídicas argentinas. Por el contrario, los establecimientos penales en nuestro país recrean cada vez con mayor intensidad las características de una *disciplina* bloqueo: *“detener el mal, romper las comunicaciones, suspender el tiempo”* ¹¹⁰

En el presente trabajo recorrimos la vida en las prisiones de Buenos Aires a través del discurso de quienes fueron sus protagonistas, utilizando para el análisis los estudios de Goffman sobre las instituciones totales.

Para encarar esta investigación exploratoria de las relaciones en el establecimiento penal partimos de dos conjeturas, una de las cuales es que el impacto de la vida libre provoca la necesidad de regresar a prisión. Si bien esta situación no se revela en los datos obtenidos aún sostenemos la posibilidad de que ocurra en presos de edad avanzada que, tras largos períodos en prisión, se hayan desconectado del mundo

¹⁰⁸ En *La Peste* Albert Camus ofrece una detallada descripción de una ciudad bajo el caótico estado que impone la peste y las medidas de control para evitar el contagio, separar sanos de enfermos y muertos de vivos.

¹⁰⁹ Ob. Cit. Foucault.

¹¹⁰ Ídem Pág. 212

externo al punto que el impacto de la desculturación provoque el deseo de regresar a prisión en tanto único medio de vida conocido.¹¹¹

En la segunda hipótesis exploratoria referimos a una relación diferente; afirmamos que el temor de regresar a prisión (en términos concretos de no querer padecer nuevamente las privaciones y mortificaciones que supone la pena) evita la reincidencia en el delito.

Esto no ocurre así ya que deberíamos reconocer que, aunque de un modo negativo, la privación de la libertad cumple uno de sus objetivos principales, que es frenar o disminuir la cantidad de actos delictivos siendo la máxima expresión de ello la no reincidencia de quienes ya sufrieron una condena. Pero podemos afirmar que este temor a la prisión posterga o dilata el plan de cometer nuevos delitos. El recuerdo vívido de las experiencias en la cárcel puede actuar como elemento disuasivo de acciones ilegales hasta un tiempo después de haber cumplido con las responsabilidades que supone la libertad condicional, aunque no erradica del futuro del ex convicto la posibilidad de volver a delinquir.

Paradójicamente el fracaso de la resocialización se traduce en el éxito de la pena para convertir infractores en delincuentes. En nuestro país, en el año 2003, de un total de 16.803 condenados el 20 por ciento eran reincidentes, a lo que se agrega un 1 por ciento (169 personas) registrado como reincidentes múltiples.¹¹² *“La prisión no puede dejar de fabricar delincuentes. Los fabrica por el tipo de existencia que hace llevar a los detenidos”*¹¹³

Sabemos que la vida en encierro afecta al individuo a través de una serie de mortificaciones al yo y a la identidad que surgen de los mismos intentos disciplinarios establecidos en el reglamento del penal, como también de las relaciones entre los internos y el personal y las que se dan entre los mismos presos.

Para el análisis dividimos la vida en el penal en tres etapas: un período de ingreso, el período de acostumbramiento y la fase previa a obtener la libertad. En la primera, que como sabemos involucra la admisión formal y las “bienvenidas” no oficiales por parte de presos y guardias, comienza un estado de muerte civil que caracteriza la condena.

El individuo recluso debe adaptarse estratégicamente a un escenario de mortificaciones directas e indirectas que se mantienen mediante distintos tipos de

¹¹¹ Podemos encontrar un interesante ejemplo de esta situación en la película de ficción Sueño de Libertad, del director Frank Darabont en la que uno de los personajes encarna los efectos de la desculturización que hacen su vida libre insostenible.

¹¹² Datos tomados del Ministerio de Justicia de la Nación www.polcrim.jus.gov.ar/Sneep/Sneep2003

¹¹³ Idem Pág. 270

limitaciones al comportamiento y a su libre expresión. Requisas y recuentos constantes, maltratos físicos, restricciones para el contacto heterosexual, contaminación física por la alimentación y las condiciones de alojamiento, lucha por obtener atención médica: *“el régimen de privaciones va a resultar en relaciones marcadas por la hostilidad, la desconfianza y la sumisión no consentida”*¹¹⁴

Este clima de tensión se completa por la violencia que caracteriza a las relaciones entre presos, ya que la estratificación y el tipo de respeto que se practica entre internos se funda y se sostiene por la agresión física y requiere, por lo tanto, un estado de alerta prácticamente constante y la aceptación necesaria de la distribución de roles. Es así que la administración estratégica que cada interno hace de su condena se da en torno a lo que desde la teoría denominamos “juego astuto”, un concepto que se define como un balance entre las acciones que reflejan sumisión y las que tienden a la autodeterminación.

Cada preso organiza esta realidad hostil, que sólo tiene sentido por el valor y el significado de la idea de libertad y las posibilidades de obtenerla, estructurando su vida en base al sistema de castigos y privilegios y a una cantidad de “pequeñas” líneas de fuga, concepto que refiere a las posibilidades de experimentar cierta libertad. Estas pueden involucrar actos ilícitos, o bien ser legales, como asistir a alguna clase o taller de capacitación laboral o realizar algún trabajo; acciones que permitan distracción (como estar afuera o simplemente rondar por los pasillos) y que proporcionen una sensación de libertad inmediata. Estas líneas de fuga permitidas acercan también la posibilidad de la libertad real ya que actúan como un disfraz que “obliga” a los mecanismos encargados de la ejecución a ver que *“la regeneración moral se halla suficientemente garantizada”*¹¹⁵

Las líneas de fuga no permitidas son distintos tipos de ajustes secundarios, como el consumo de drogas, que otorgan también una sensación de libertad inmediata y dan un espacio para la autodeterminación.

Toda la tensión, la violencia y las estrategias de supervivencia, muy diferentes a los mecanismos disciplinarios de resocialización, que caracterizan un período en la vida del individuo van a impactar directa o indirectamente en sus acciones y su identidad futura.

Las consecuencias nocivas del paso por la cárcel sobre las identidades personales y sociales tienen gran influencia en la carrera criminal de cada delincuente en tanto

¹¹⁴ Baratta, A: Criminología crítica y crítica del derecho penal. Ed. Siglo XXI México 2000

¹¹⁵ Ob Cit. Foucault Pág 274

actúan de manera indirecta como un disparador de las mismas. Esto nos obliga a pensar en la contradicción que surge si consideramos que uno de los fundamentos de la pena es la defensa de la sociedad, ya que esas mortificaciones pueden interpretarse como la génesis o la acentuación de un resentimiento que se descargará nuevamente, y quizás con más fuerza, contra los condicionamientos socioeconómicos; la privación de libertad como el suplicio “ *en lugar de incitar remordimiento, agudiza el orgullo(...)*”¹¹⁶

Es así que el egreso de prisión puede considerarse como una cuarta etapa que comienza con la felicidad y/o el temor por la experiencia de libertad, como sensaciones que son rápidamente superadas por el peso del estigma de la condena.

Los efectos estigmatizantes de la pena tienen una relación directa con la *delincuencia secundaria*. Las instituciones y los mecanismos legales activan la reacción (en términos de prejuicios por el estigma de la condena) que marca la *distancia social*, es decir que separa a la población criminal del resto de la sociedad.¹¹⁷

No queremos afirmar con esto que el criminal se constituye como tal porque adapta su comportamiento a una identidad social impuesta, sino que arma su carrera por actos delictivos que manifiestan la reacción frente a limitaciones ahora intensificadas por las consecuencias del *rechazo y la estigmatización*.¹¹⁸

Teniendo en cuenta lo expresado sobre los efectos perjudiciales de la pena de prisión, no sólo sobre las identidades de los condenados sino sobre cuestiones políticas como son el manejo de la seguridad y la defensa de la sociedad, podemos afirmar la necesidad de mejorar las condiciones de detención para disminuir el maltrato del yo civil de cada recluso, aunque no es posible prescindir de la cárcel como lugar de ejecución de la pena. La privación de la libertad continua presentándose, al menos idealmente, como un castigo igualitario al que la variable tiempo le da la posibilidad de ser justo.¹¹⁹

¹¹⁶ Ídem Pág 266

¹¹⁷ Ob Cit. Baratta. En referencia a las teorías del labelling approach y sus aportes a la criminología.

¹¹⁸ Ob Cit. Taylor, Walton; Young. Pág.290-92. Si bien los autores reconocen el aporte de las teorías de labelling approach cuestionan los efectos de la primera condena como factor explicativo principal de la delincuencia secundaria, ya que si se considera como causa principal del acto delictivo la adaptación a una identidad social y un comportamiento esperado se niega en parte la racionalidad del actor y la conciencia de éste sobre las reacciones que puede provocar.

¹¹⁹ Foucault hace referencia a la prisión como una pena igualitaria, a diferencia de las multas, ya que la libertad es igualmente valorada por todos. El tiempo permite por su parte cuantificar el castigo de acuerdo al delito. Foucault Vigilar y castigar Pág. 234

En nuestro país si bien las cárceles permanecen la mayor parte del tiempo como una realidad imperceptible, al menos para una porción importante de la población, se mantienen como un elemento imprescindible para el orden social, ya que canalizan los miedos identificando y reteniendo seres peligrosos; son depósitos anónimos de enemigos internos.

En una de sus novelas Héctor Tizón escribe: "*(...) no existe hombre más peligroso que aquél que no teme perder nada, ni siquiera la vida.*"¹²⁰

En el mundo actual se construye día a día un tipo de libertad que fragmenta, divide cada vez más finamente a un grupo que puede disfrutarla y ejercer el poder, de uno para cuyos miembros esa libertad es estructura que oprime; limita y recrea el fracaso dejándoles solamente la oportunidad de cierto poder de resistencia. Frente a ello vale quizás un esfuerzo para que la mayor parte pueda construir y tener algo que perder.

Hay que dejar de ver en el delincuente, aunque sea en base a un egoísmo expreso, un ser patológico, perverso o necesariamente consecuente con una identidad impuesta. Quien delinque es antes alguien capaz de levantarse mediante la acción individual contra la opresión de un tipo de libertad inalcanzable.

¹²⁰ Tizón, Héctor: *La belleza del mundo*, Ed. Seix Barral, Buenos Aires, 2004

Bibliografía



- Baratta, Alessandro:** Criminología crítica y crítica del derecho penal. México, Siglo XXI, 2000
- Bauman, Zygmunt:** Trabajo, consumismo y nuevos pobres. España, Gedisa, 1999
- Beccaria, Cessare:** De los delitos y las penas. Buenos Aires, Hyspamerica, 1984
- Binder, Alberto:** Policías y ladrones. Buenos Aires, Capital Intelectual, 2004
- Buján, Alejandro; Ferrando, Hugo:** La cárcel argentina. Una perspectiva crítica. Buenos Aires, Ad Hoc, 1998
- Castel, Robert:** La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado. Buenos Aires, Paidós, 2001
- Díaz, Esther:** La filosofía de Michel Foucault. Buenos Aires, Biblos, 2003.
- Foucault, Michel:** Vigilar y Castigar. Nacimiento de la Prisión. México, Siglo XXI, 2000
- Goffman, Erving:** Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales. Buenos Aires, Amorrortu, 1998.
Estigma. La identidad deteriorada. Buenos Aires, Amorrortu, 2003
- Levaggi, Abelardo:** Las cárceles argentinas de antaño. (Siglos XVIII y XIX) Teoría y realidad. Buenos Aires, Ad Hoc, 2002
- Taylor, Ian; Walton, Paul; Young, Jock:** La nueva criminología. Contribución a una teoría social de la conducta desviada. Buenos Aires, Amorrortu, 2001
- Torrado, Susana:** La herencia del ajuste. Buenos Aires, Capital Intelectual, 2004
- Vasilachis Irene:** Métodos cualitativos I. Los problemas teórico-epistemológicos. Buenos Aires, CEDAL, 1993.
- Weber, Max:** Economía y sociedad. México, Fondo de Cultura Económica, 1999.